

ALEXIS BRITO DELGADO

DORIAN STARK

Miler
HIGH LIFE

 Ediciones-Babylon

ADVERTENCIA

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2011, Dorian Stark

©2010, Alexis Brito

©2010, Ilustración de portada: Yasna Sepúlveda

©2010, Ilustraciones interiores: César Herce

Colección Distopía n°1

Ediciones Babylon

Calle Martínez Valls, 56

46870 Ontinyent (Valencia-España)

e-mail: publicaciones@edicionesbabylon.es

<http://www.edicionesbabylon.es/>

Este libro electrónico es una muestra gratuita de la obra original. Prohibida su venta o alquiler. Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

Para Federico G. Witt, M.C. Carper, César Herce, José Luis Castaño Restrepo, Andrés Díaz, Miguel Ángel Naharro, Martín García, Francisco Calderón y Klaus Zayin

Desde el Monte Lukens, la megalópolis era un montón de ruinas calcinadas. Los incendios que brillaban en la oscuridad irradiaban los contornos de los rascacielos destrozados. Stark apretó la culata del arma hasta que le dolieron los dedos. Sus ojos biónicos taladraron la negrura y asimilaron su entorno; una punzada de dolor le recorrió el corazón. El Valle de San Fernando se dibujaba hasta el infinito: edificios devastados, avenidas cubiertas de escombros, vehículos retorcidos, esqueletos quemados por la radiación nuclear. La batalla estaba a punto de empezar. A un kilómetro de distancia, entre los cascotes humeantes, los *cyborgs* tomaban posiciones de combate. Exhausto, el alemán volvió la cabeza: el escuadrón esperaba la orden de ataque.

«No tenemos ninguna posibilidad», meditó. «Van a acabar con nosotros».

Una heterogénea mezcla de individuos lo rodeaba: soldados, civiles, mercenarios y policías; los últimos eslabones de una humanidad que, para bien o para mal, le había tocado liderar. Su rostro impertérrito no demostró sus emociones. Como comandante debía dar ejemplo a los demás o, de lo contrario, estarían perdidos; sus tropas serían invadidas por el pánico y huirían en desbandada ante el enemigo. Suspiró. Sus peores aprensiones se habían hecho realidad: el mundo se había derrumbado bajo el peso de la ultra tecnología, exterminado por el auge de las máquinas. Sus esfuerzos resultaron inútiles, los años de servicio en la Orden de los Centinelas, una pérdida de tiempo: millones de cibernados dominaban la Tierra.

Involuntariamente, su mirada se desvió hacia el noroeste: el antiguo rascacielos de la Corporación Schneider resaltaba entre

las cúpulas empresariales erosionadas. Las máquinas habían elegido la construcción como base de operaciones; una ironía del destino que no cesaba de sorprenderle. Un soldado con la cara salpicada de hollín se cuadró delante de su persona.

—Estamos preparados, señor.

Dorian lo analizó: cabeza rodeada por un vendaje manchado de sangre seca, uniforme militar en jirones y ametralladora llena de barro.

—De acuerdo —respondió con sequedad.

No eran profesionales, sólo contaba con hombres inexpertos y mal adiestrados. Todos los agentes ejecutores de su casa estaban muertos. Él era el único superviviente.

—Limpie su arma —puntualizó—. O se le encasquillará.

El hombre asintió.

—Lo haré, señor.

¿Por qué soportaba aquella horrible carga moral? A raíz de su primera bioperación, vislumbró que tenía un destino que cumplir, aunque ignoraba cuál era. En el momento actual, el peso de sus crímenes era insoportable; los rostros deformados de las víctimas que había aniquilado lo atormentaban sin cesar. Llevaba meses sin dormir, el límite entre el porcentaje de máquina y su humanidad se desvaneció; podía considerarse un *cyborg* de Tercera Generación, tal como se definía a los hombres que alcanzaban la hibridación absoluta. Stark cerró los párpados y apartó el cataclismo del valle: un sollozo amargo se le agolpaba en la garganta sin que pudiera evitarlo. El presente inmediato lo obligó a suprimir los pensamientos que lo torturaban. En breve estaría muerto, exterminado por oponentes superiores en número.

Una bengala ascendió en el aire y encendió la falda de la montaña, que quedó convertida en un erial fantasmagórico cubierto de niebla. Durante las últimas dos semanas, sus bajas fueron astronómicas; había perdido un cincuenta por ciento de los efectivos de que disponía. Sus tropas no lograban detener la actividad de las fábricas, donde las cadenas de montaje ardían al rojo vivo, produciendo miles de unidades diarias que

reemplazaban a las caídas. La luz amarillenta de la bengala se extinguió. Las tinieblas ocultaron el campo de batalla atestado de ratas mutantes, boquetes de bombas, alambradas rotas, cuerpos en descomposición, maquinaria bélica inutilizada y escombros carbonizados.

«Una visión maravillosa», pensó con sarcasmo. «El Bosco nunca hubiera imaginado que sus obras se convertirían en realidad».

Su destello de humor negro lo obligó a sonreír, el gesto borró las arrugas de amargura que le recorrían la faz; había olvidado cuándo fue la última vez que lo había hecho. De manera automática, revisó el plan de ataque mentalmente y calculó las debilidades que presentaba. Sus tropas dudaban, el nerviosismo previo a la ofensiva comenzaba a manifestarse entre ellos; no resistirían la presión durante mucho tiempo. Stark relajó las piernas. Notaba una sensación de miedo en rededor: el batallón no se fiaba de él.

«Debe ser duro confiar en un bioconstruido», reflexionó. «Pensarán que puedo traicionarlos en cualquier momento».

El alemán entrecerró los ojos grises y divisó a la primera unidad enemiga, que se aproximaba aplastando las ruinas fuliginosas. Un nuevo modelo de máquinas había surgido tras el Apocalipsis: los *berserkers*. Era la primera vez que se enfrentaba a aquellos seres, la novedad le hizo sentir una extraña sensación de euforia; los retos imposibles estimulaban su espíritu de combatiente. Stark sacó un tubo oblongo del interior de la gabardina de cuero y consumió, sin agua, un puñado de estimulantes que encendieron sus fibras como una corriente eléctrica. Ahora estaba preparado. Con los dientes chirriando, ordenó a los artilleros a pleno pulmón:

—¡Disparad!

Misiles surcaron los cielos e impactaron sobre sus oponentes. Las detonaciones partieron la tierra removida y causaron una oleada de destrucción. Fragmentos de acero saltaron por

los aires: la avanzadilla había sido eliminada. Las máquinas contraatacaron. La ladera de la montaña se abrió, los morteros estallaron con atronadores estampidos, levantando una lluvia de piedras. Un soldado berreó con las piernas cercenadas por un trozo de metralla. Una unidad médica lo atendió, pero fue inútil, había muerto desangrado antes de que pudieran hacer nada por evitarlo. El agente ejecutor señaló a su izquierda:

—¡Fuego cerrado!

Bombas de trinitrotolueno machacaron a la segunda unidad *berserker*, fundiéndolos, martilleando los rascacielos derruidos. Un letrero de Pepsi flotó en el aire durante unos instantes, para desaparecer poco después entre las llamaradas de fósforo que se extendieron en un área de trescientos metros. El silbido de los obuses llenó el aire cargado de ozono. Los agentes se arrojaron al suelo, aterrorizados, buscando refugio. El Monte Lukens se convirtió en un infierno. Una docena de hombres pereció bajo la barrera de fuego. El olor de la carne quemada llenó la falda hundida por las bombas. Dorian pasó por alto los rugidos de los heridos; estaba habituado a contemplar la muerte, los sanitarios se ocuparían de ellos. Sin poder evitarlo, experimentó una admiración malsana al contemplar el avance implacable de los *cyborgs*. Hileras interminables ascendieron la colina, caminando con movimientos precisos, secundados por vehículos de asalto.

«Nunca podremos terminar con ellos», pensó. «Están demasiado bien organizados».

Las ametralladoras pesadas repiquetearon a su alrededor. Los *berserkers* fueron diezmados por los proyectiles de nitrógeno líquido. Carcasas chisporroteantes quedaron inservibles en el valle. Dorian alzó el puño cerrado sobre la cabeza.

—¡Adelante! —vociferó—. ¡Formación ofensiva!

En tromba, con el agente ejecutor en cabeza, los hombres se lanzaron al ataque, descendiendo la colina con las armas por delante. Las máquinas pasaron encima de los caídos y sustituyeron a las unidades destruidas, entre la bruma producida por las detonaciones. Descargas de plasma aniquilaron a los soldados adelantados, convirtiéndolos en antorchas vivientes.

Stark corrió con la ametralladora a la altura del estómago y disparó contra un *berserker*, que saltó hacia atrás hecho pedazos. Una tanqueta se interpuso delante de él, la sombra del enorme cañón ocultó su cuerpo, dispuesto a aplastarlo con las orugas gemelas. Instantáneamente, sacó una mina magnética del bolsillo y la arrojó contra la torreta del vehículo, donde quedó pegada. De un salto se hundió en un cráter y agachó la cabeza, abriendo la boca para que no le estallaran los tímpanos. La deflagración voló la tanqueta, la cual aterrizó convertida en un montón de escoria. Un *cyborg* exterminó a tres de sus hombres. Las balas de punta endurecida esparcieron sus entrañas en todas las direcciones. Furioso, salió de su escondite y agotó el tambor del arma, sin lograr derribar al *berserker*. El *cyborg* lo localizó. Una andanada le rozó la mejilla, produciéndole un dolor insufrible. Con un chasquido, tres cuchillas de veinticinco centímetros de longitud emergieron entre sus nudillos, con las que partió a la máquina por la mitad. Los cohetes de las baterías aterrizaron sobre los *cyborgs*. El campo de batalla pasó del rojo al violeta. Los cañones enemigos respondieron rabiosamente. Dorian enfundó las garras, sacó la W-PPK del arnés de nailon y ejecutó a quemarropa a una máquina situada a su diestra. Las granadas estallaron, levantando rocas, chatarra y cadáveres destrozados. Maldiciendo, empuñó la otra pistola y fragmentó el cráneo de un *berserker*, que se rajó mostrándole los circuitos de su interior. Un soldado raso señaló el cielo:

—¡Cazadores!

El grito histérico levantó la alarma entre sus tropas. Naves monoplazas descendían desde las alturas, bombardeando el terreno con cañones automáticos de cabezas rotativas. El alemán se internó entre dos edificios derruidos. Una explosión lo arrojó hacia delante, su anatomía traspasó una pared; trozos de ladrillo le golpearon la espalda. Dolorido, se incorporó y apartó las vigas de hierro; tenía el rostro cubierto de sangre. Una astilla le atravesaba el muslo, la punta le asomaba por detrás, impidiéndole moverse con naturalidad. Apretando los dientes, la arrancó de un tirón y la arrojó a un lado. Dorian recargó las

armas, haciendo caso omiso al dolor que recorría el injerto; había recibido heridas peores. Cojeando, se ocultó detrás de un camión volcado, preparado para actuar. El zumbido de los Cazadores le taladró los tímpanos. Tenían que derribar aquellas naves o serían hombres muertos. Un agente se derrumbó a su izquierda.

—¡Son demasiados, señor!

Stark le arrancó el lanzacohetes de las manos.

—¡Cúbrame! —ordenó.

Levantó el arma. Las puntas fluorescentes bailaron delante de sus ojos antes de que pulsara el gatillo. El misil trazó una elipsis y avanzó a cuatrocientos metros por segundo, triturando la cola de la nave. El aparato se desplomó en picado y explotó al chocar contra el suelo. A través de las llamas, descubrió que su ataque había aniquilado a varios de sus hombres. La guerra era la guerra.

«Fue un mal necesario», meditó. «El Cazador hubiera exterminado a muchos más».

Dorian se volvió; el soldado había palidecido, trastornado por lo que acababa de ver.

—¡Espabile! —masculló—. ¡No tenemos todo el día!

El agente susurró, lleno de odio:

—Es usted un asesino, comandante.

Stark fue cínico:

—Para vencer hay que sacrificar a los peones.

Acto seguido, le voló el corazón, destrozándole la caja torácica. El hombre se derrumbó de espaldas, boquiabierto, sin emitir sonido alguno. Tuvo que hacerlo; nadie debía conocer su crimen, la unidad tenía que continuar obedeciéndolo. En otra época jamás hubiera actuado de aquella forma, pero los dados estaban echados; la porción de máquina dominaba su personalidad. Un escalofrío de repulsión le golpeó la boca del estómago: detestaba las consecuencias de la bioingeniería; los transplantes lo habían convertido en un monstruo. Una tanqueta torció en su dirección, traspasó una vivienda en ruinas y se llevó por delante a un soldado. El policía aulló, antes de quedar convertido en gelatina; sus restos salpicaron el almacén

del vehículo. El agente ejecutor apretó el gatillo por segunda vez. La deflagración fue terrible: había acertado al depósito suplementario de municiones. Un enfermero lo auxilió a ponerse en pie.

—¡No me pasa nada! —gruñó—. ¡Déjeme en paz!

El hombre observó el pómulo metálico de su rostro, hipnotizado, con la boca abierta. Dorian destiló veneno:

—¿Nunca ha visto un implante cibernético, amigo?

El enfermero tartamudeó:

—Yo...

Stark restalló como un látigo:

—¡Desaparezca de mi vista!

Olvidó el incidente; habían perdido. Las máquinas daban buena cuenta de sus tropas, exterminando por la espalda a los escasos supervivientes. Una nave sobrevoló un bloque de apartamentos. Los cañones automáticos giraron y lo enfocaron con exactitud matemática. El alemán bajó las pistolas. Su hora había llegado; no merecía otra cosa. La salva lo hizo desmoronarse escupiendo sangre, convertido en una masa desgarrada de carne, huesos, metal, tendones y biochips...

Stark abrió los párpados con brusquedad; había tenido una pesadilla. El Heinkel AB 1000 surcaba los aires a diez mil metros de altura. Tenso, se pasó la mano por la cara; gotas de sudor le bañaban la frente.

«Ha sido horrible», pensó. «Hacía tiempo que no tenía un sueño tan espantoso».

Deprimido, ingirió tres pastillas que serenaron los violentos embates de su corazón. La pesadilla le había arruinado el día; no le cabía duda al respecto, nunca se acostumbraría a sufrirlas. Intentó ser positivo sin conseguirlo, pensar que aún le restaba esperanza; el presente era mejor que un futuro devastado por la guerra nuclear. Por desgracia, sabía que tarde o temprano aquello sucedería. La *cibernización* era imposible de detener, cosa que sus superiores se empeñaban en ignorar. En el sueño había

sido un *cyborg* de Tercera Generación: sus temores personales no le daban respiro en ningún momento.

«Continúo siendo humano», meditó. «Los neuroingenieros no han logrado transformarme en una máquina».

El avión se ladeó, agitado por las turbulencias; faltaba poco para llegar a Nueva York. Un cabo uniformado de verde cruzó el pasillo. Al llegar a su asiento, se puso en posición de firmes con los pulgares pegados al pantalón, tal como prescribían las ordenanzas.

—Tiene una videoconferencia, mi sargento.

Dorian rezongó:

—¿A qué espera para pasármela?

El hombre entrechocó los tacones.

—La pondré inmediatamente, señor.

La pantalla se encendió. El comandante Aries llenó su campo visual. Una sonrisa maliciosa brillaba en sus labios.

—Buenos días, sargento. ¿Ha decidido aceptar la misión?

—Sí, señor.

Aries soltó una bocanada de humo.

—Como usted sabe, es común que nuestra Corporación reclute agentes de casas enemigas y los incorpore a la nuestra.

«¿Reclutar?», reflexionó, sarcástico. «Creía que se llamaba extorsión».

—Tenemos que proteger a un contacto que es esencial para terminar una operación que los técnicos de información del departamento empezaron hace meses.

El alemán asintió.

—¿Quién es nuestro hombre, señor?

—Su nombre es Miyoshi Hitsukaza —dijo el comandante—. Hace un año trabajaba en la Corporación Kesler. La Murakami decidió conseguir sus servicios. Lo sobornaron, Stark. Vendió a sus colegas alemanes por los japoneses.

—Un tipo de fiar —observó el agente ejecutor con ironía.

—Le hemos hecho una oferta, sargento. —Su superior ignoró el comentario—. Ahora trabaja para nosotros.

—Estupendo.

—¡Menos bromas, Stark! —exclamó Aries—. Debemos protegerlo. Hitsukaza es imprescindible. O el dinero que hemos invertido se irá al diablo.

«Sería una lástima», pensó con desprecio. «No quisiera que la Schneider perdiera pasta».

Al contrario de lo que pensaba, sus palabras fueron pragmáticas; le asqueaba charlar con su superior.

—Dígame lo que debo hacer.

—Los técnicos han conseguido la fecha de la reunión de los representantes de las casas que han admitido a nuestro hombre. Usted debe eliminar a los miembros que han accedido a secundar esa alianza.

—De acuerdo, señor. —El alemán deseaba terminar aquella absurda videoconferencia—. ¿Dónde será la reunión?

—En Times Square. —Aries apagó el cigarrillo en un cenicero fuera de su campo visual—. Le enviaré el resto de los detalles a su apartamento cuando estén confirmados.

El monitor se apagó. Stark apretó los labios, abatido. Volvía a primera línea. Aunque quisiera evitarlo, por mucho que despreciara su destino, siempre sería un esclavo de la Schneider.

HUMANOIDE 

Ley 1.- Un robot no puede lesionar a un ser humano, o, por medio de la inacción, permitir que un ser humano sea lesionado.

Ley 2.- Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto si estas órdenes entrasen en conflicto con la Primera Ley.

Ley 3.- Un robot debe proteger su propia existencia en la medida que esta protección no sea incompatible con la Primera o Segunda Ley.

Isaac Asimov

¿Quién soy?

Es la pregunta imborrable que nutre mis sueños. Errante entre campos de estática, busco los motivos que me encadenan a la eternidad...

¿Quién soy?

Incapaz de recuperar los sentimientos que escapan de mi interior, floto sin rumbo en un alabastro de colores aleatorios, más allá de cualquier noción real...

¿Quién soy?

No puedo permanecer consciente, el abismo de información donde oscilo me lo impide, atándome a mis ilusiones titilantes...

¿Quién soy?

Preguntas custodian mis peores pesadillas, tengo miedo de perderme entre los resquicios de mi imaginación, apenas logro controlar mi memoria...

¿Quién soy?

Añoro el pasado, cuando era capaz de encontrarme a mí misma: necesito un instante de paz o terminaré enloqueciendo...

¿Quién soy?

Lo he olvidado todo, mis párpados inmateriales se cierran extenuados, el tiempo de espera es eterno, debo despertar...

Nessa

Creo que he llegado a un punto en mi vida en el que nada puede cambiar por mucho que lo intente. Aún no he conseguido liberarme de las cadenas que me atan al pasado, vivo de ellas a diario sin que pueda evitar su carga, como si realmente pudieran ofrecerme las respuestas que busco. Durante las últimas semanas he sido incapaz de dormir, los remordimientos de conciencia me acosan todas las noches, obligándome a permanecer despierto. Me pregunto qué es lo que habrá sido de ella. Han pasado tres años desde que huyó de mi apartamento en mitad de la madrugada, pero parece que fue ayer la última vez que hicimos el amor. Desde entonces, he sido incapaz de trabajar con cyborgs, a pesar del disgusto que esto le produce al comandante Aries. Me siento mal conmigo mismo cuando colaboro con máquinas, los recuerdos de aquellos años que compartimos son demasiado dolorosos. Ahora, sólo desearía alcanzar la paz antes de morir, recuperar la humanidad que los implantes biónicos me han arrebatado. Tengo miedo: no quiero llegar a un punto donde nada tenga sentido para mí; no soportaría convertirme en un cyborg de Tercera Generación. Odio ser un bioconstruido. Aunque me quede un cuarenta y ocho por ciento de humanidad, me encuentro a un paso de la hibridación definitiva...

Dorian Stark

Después de cerrar la puerta de la habitación, Dorian Stark penetró en la *suite* y se dirigió hacia el dormitorio. Como siempre, vestía de luto de los pies a la cabeza: pesadas botas de combate, pantalones militares, camiseta de *kevlar* y trinchera de cuero auténtico rusa. Con movimientos mecánicos, puso el rectángulo laqueado en negro sobre el lecho de látex. Después, colgó la gabardina en un perchero automático y metió una tarjeta codificada en uno de los costados del maletín. El arnés de nailon que le rodeaba el tórax mostró dos W-PPK provistas de silenciadores, que centellearon intentando absorber la mayor cantidad de luz posible en la lujosa estancia a oscuras. La tapa se abrió verticalmente. El interior estaba guarnecido con espuma plástica. Dentro había un fusil francotirador Máuser 750 de visión nocturna dividido en tres piezas. En el rostro pálido del agente ejecutor, dos tristes ojos grises brillaron con amargura, perdidos dentro de las dimensiones de su memoria. Rápidamente, ensambló las distintas partes del arma, con una pericia condicionada por largos años de experiencia. Sus hombros aplastados por el cansancio temblaron antes de entrar en acción. Apartó las cortinas de aluminio y analizó el rascacielos situado enfrente del apartamento que había alquilado. Los haces luminosos de un anuncio publicitario de Armani incidían sobre la fachada del edificio, impidiendo que alguien pudiera localizar su posición. Las luces dificultarían la calidad de los disparos, pero no le importaba: el alemán era el mejor; no necesitaba ventajas en sus operaciones de exterminio. La voz que llegaba a través del sistema de audiorrecepción colocado en su oído reveló un nítido acento japonés:

—Buenas tardes, Marsch-san. Es un honor recibir vuestra visita.

—Gracias. —El aludido mostró respeto en la inflexión de sus palabras—. Hablo también en nombre de mi compañero, Herr Kohlberg.

Dorian colocó el cargador en la recámara. La culata forrada con neopreno se amoldó a la curva de su deltoides. Incómodo, ajustó la transmisión, eliminando las interferencias de la megalópolis. El fusil trazó una línea mortal hacia el otro lado de la manzana mientras calculaba los ángulos de tiro. Shideo habló con lentitud:

—Queremos solucionar un asunto problemático — explicó—. Una espina clavada en nuestro costado...

El comandante Aries lo había enviado a Nueva York hacía dos días. Durante las últimas semanas, los remordimientos asaltaron su conciencia, obligándolo a aceptar aquella misión. Debía distraerse; las pesadillas aumentaban, insidiosamente, noche tras noche. No soportaba pasar las madrugadas desvelado, planteándose los motivos que lo impulsaban a continuar vivo.

—¿Qué debemos hacer?

—Tenemos problemas con Hitsukaza —dijo el oriental—. Ha conseguido penetrar en nuestros archivos informáticos. Robó unos datos que deseamos recuperar.

Alquilar la habitación situada delante del punto de reunión fue sencillo. Bajo una identidad falsa, nadie lo descubriría; cuantas más precauciones, mejor. El audiorreceptor Newgen continuó transmitiendo el coloquio de sus futuras víctimas:

—Hitsukaza ha vendido sus servicios a la Schneider. Necesitamos vuestra colaboración para acabar con él.

Kohlberg fue burlón:

—Estáis en la misma situación que nosotros cuando desertó —puntualizó—. ¿Por qué tendríamos que auxiliaros?

Dorian distinguía perfectamente a sus enemigos. Sus ojos biomecánicos taladraron las sombras omnipresentes que envolvían el exterior transformándolas en retículas centelleantes, aislando la niebla producida por la contaminación petroquímica.

Marsch tomó las riendas de la conversación:

—No es cuestión de dinero, camaradas, es cuestión de

respeto. Hitsukaza es un traidor en general. Los alemanes nos caracterizamos por ser una raza vengativa. Hemos buscado a ese desertor desde el momento en que abandonó nuestras filas. Ahora, después de tanto tiempo, lo hemos localizado. Debe morir para limpiar el honor de nuestra casa.

El despacho quedó enmarcado por los cincuenta aumentos del teleobjetivo de visión infrarroja. En el extremo opuesto de la mesa de titanio, los emisarios de la Kesler estaban de pie, sin dignarse a tomar asiento delante de los nipones. Los alemanes vestían uniformes militares azules, típicos de su corporación, con el emblema del cuchillo plateado sobre el hombro. En cambio, los japoneses llevaban kimonos de seda con figuras mitológicas bordadas en hilos de oro. Stark se preparó para abrir fuego. Había calculado los límites de acción de sus oponentes hasta el más mínimo detalle. Ninguno lograría salir del despacho insonorizado.

«Os queda poco de vida», pensó. «Me aburre vuestra charla, bastardos».

Ajeno al peligro, Tokoritsu replicó, escéptico:

—Queremos llegar a un acuerdo que sea satisfactorio para ambas partes, caballeros.

Imomasai intervino:

—Si necesitáis alguna clase de financiación económica, sólo tenéis que pedirla, pero existen condiciones...

Kohlberg gruñó:

—¿Cuáles?

Su desconfianza fue tan nítida que el alemán no pudo evitar sonreír, consciente de la ironía de la situación; en breve, todos serían cadáveres.

—Nos han ordenado recuperar los biochips que Hitsukaza ha robado. —Shideo retomó el mando de la conversación—: O esta alianza no servirá de nada.

«Tienes razón», pensó Stark con malicia. «En unos minutos, no volverás a ver la luz del sol».

Marsch puso las manos sobre la mesa.

—Nadie había mencionado esos biochips. ¿Qué tipo de

información contienen?

—No estoy autorizado para hablar de ello, Marsch-san.

Kohlberg respaldó a su compañero, amenazador:

—¿Qué demonios quiere decir?

Tokoritsu intentó quitarle importancia al tema:

—¿Y eso qué importa? —Sus manos se agitaron con nerviosismo—. ¿O nos hemos equivocado con la Kesler?

—No lo comprendo. —Kohlberg se acarició el mentón con actitud reflexiva—. ¿Por qué nos habéis hecho llamar? ¿No contáis con suficientes agentes ejecutores en vuestras filas para retirar a Hitsukaza de circulación?

—Necesitamos una alianza. —Shideo puso todo el autocontrol que pudo en sus palabras—. La Schneider es una casa demasiado poderosa. No queremos que descargue su ira contra nosotros. Nos sería imposible hacer frente a sus agentes ejecutores sin socios.

—Comprendido. —Marsch mostró una sonrisa fría—. Tenéis miedo de las represalias que los presidentes de la Schneider puedan tomar.

—Es una buena manera de decirlo. —El orgullo quedó apartado en la flemática actitud de Imomasai—. Una alianza es el recurso perfecto para solucionar nuestros problemas.

Stark frunció los labios; le repugnaba el discurso, creía que encontraría más información de la que Aries le había proporcionado si escuchaba a sus objetivos. Como sus superiores, aquellos burócratas se andaban por las ramas, no le ofrecían datos sustanciosos.

—Sería una idea excelente. —Kohlberg retomó el hilo de la charla—. Ahora sólo es cuestión de...

El impacto del proyectil de punta endurecida cortó la arenga del alemán. La parte superior de su cráneo saltó por los aires. El rostro de su compañero quedó cubierto de sangre.

—¿Pero que coñ...?

Tokoritsu no tuvo tiempo de terminar la frase. El agente ejecutor giró el Máuser, arrancándole la mandíbula de un balazo; el olor a pólvora llenó sus fosas nasales.

—¡A cubierto! —Shideo intentó controlar la caótica situación—. ¡Nos ataca un francotirador!

La detonación lo empotró contra la pared con el corazón perforado. Su figura trazó un reguero escarlata mientras se desplomaba sobre la moqueta.

—¡Mierda! —Marsch sacó una Taurus de la funda sobaquera—. ¿Quién ha podido localizarnos? —El oriental, aterrorizado, no pudo contestarle—. ¡Nos han traicionado!

Otro disparo convirtió su garganta en un amasijo de carne sanguinolenta. Dorian movió el fusil unos centímetros. Imomasai estaba a punto de llegar a la puerta. Una bala se alojó en su nuca desde atrás. La cabeza quedó destrozada de parte a parte. Stark corrió las persianas con una mirada helada. No experimentaba ningún remordimiento por haber aniquilado a aquellos hombres. Tenso, cruzó el dormitorio y desmontó el arma, introduciendo los segmentos en el maletín. El cañón sobrecalentado del Máuser 750 le proporcionó una sensación cercana a la sensualidad.

«Debo marcharme cuanto antes», reflexionó. «Los hombres de estos imbéciles podrían encontrar mi señal con un escáner rastreador».

Había decidido correr el riesgo para averiguar datos más concretos sobre aquella misión, aun sabiendo que gracias al órgano Newgen, podría ser localizado. Enfundándose la trinchera, caminó hacia la salida y abandonó la *suite*. Una hirviente serie de preguntas embestían su psique.

«¿Cuál será la operación que Aries quiere mantener en la sombra?», meditó. «¿Qué clase de información contienen los biochips de la Murakami?».

Detestaba dar importancia a los detalles que nada tenían que ver con su trabajo, pero no podía permitirse el lujo de confiar en sus superiores, menos aún después del adiós de la *cyborg*.

«No pienses en Nessa». Una punzada de dolor recorrió su interior. «Todavía no has terminado la misión».

Mientras el ascensor descendía hacia las entrañas del hotel, el agente ejecutor combatió por aislarse de sus dudas. Los

últimos años habían sido un auténtico infierno, no soportaba el peso que su vida implicaba, porque sabía que estaba condenado de antemano a una muerte espantosa. Después de la última operación cibernética, había vuelto a tomar los estimulantes que tanto maldecía; la insensibilidad producida por los injertos era una pantalla borrosa que aplastaba su humanidad, atormentándolo.

Al llegar abajo, las paredes metálicas del cilindro acolchado se abrieron, mostrándole un corredor sin adornos que se perdía hacia la derecha. Un centenar de fluorescentes halógenos alumbraban el aparcamiento subterráneo. Las luces incidían sobre las carrocerías de los deslizadores estacionados en hileras por los androides de servicio. Sorteando los automóviles pulcramente ordenados, Stark se acercó a su vehículo, ansioso por salir del rascacielos. Los trazados aerodinámicos de la BMW-350 de combustión gaseosa brillaban, flanqueados por dos Isuzu de última generación. Sacó una tarjeta magnética del bolsillo interior de la gabardina, dispuesto a subir al vehículo, cuando una detonación le rozó la cabeza. Se arrojó detrás del deslizador, soltó el maletín y desenfundó una W-PPK.

—¡Se ha escondido detrás del Isuzu! —exclamó un agente de la Corporación Murakami—. ¡Sólo es uno!

Dorian se asomó por un lateral del vehículo y le traspasó la boca abierta, silenciando sus gritos. Protegido, sacó el arma restante y calculó, por el fragor de los disparos, el número de antagonistas contra los que se enfrentaba. El deslizador quedó cosido a balazos. Una tormenta de cristales rotos llovió sobre su figura.

«Esos estúpidos no saben con quién están jugando», pensó con frialdad. «Les daré motivos para lamentarlo».

Stark abrió fuego. Fragmentando los fluorescentes, oscureció el parking hasta donde la vista era capaz de alcanzar. No necesitaba luz, sus retinas fotoeléctricas evitarían las tinieblas sin problemas; de algo le servirían los odiosos injertos que deformaban su físico. Los orientales blasfemaron. Los agudos sentidos del alemán establecieron sus posiciones. Impasible, recargó ambas pistolas; los tambores vacíos chocaron contra el suelo.

«Siempre creí que los agentes ejecutores de la Murakami eran buenos», meditó. «Una vez más, la realidad es inferior a la ficción. Siempre es igual».

Cinco hombres intentaban exterminarlo. Dorian abandonó su escondite. Silencioso, alcanzó el otro extremo del aparcamiento, refugiándose detrás de una limusina. Uno de sus enemigos aulló:

—¡Tiene que estar por aquí!

El nipón se derrumbó con el cráneo abierto. Sobrecogidos, el resto de los agentes ejecutores intentaron huir de aquella zona, donde la lobreguez parecía querer devorarlos. Sólo uno logró salir vivo, con la rótula destrozada, gritando a pleno pulmón. Los otros perecieron debido a los certeros disparos efectuados por el alemán.

—¡Me rindo! —El japonés arrojó el arma al suelo—. ¡No me liquides, *gajjin!*

Dorian estuvo tentado de rematarlo, deseaba terminar con aquella escoria; pero una parte cruel en su interior aplacó sus deseos. Sin molestarse en replicar, volvió a dirigirse al aerodeslizador, ignorando los lastimeros sollozos del individuo que había pretendido acabar con él.

«Sabe a lo que se expone», pensó con las mandíbulas encajadas. «Le espera un Consejo de Guerra por su fracaso».

Después de recuperar el maletín, introdujo la tarjeta en el mecanismo de encendido y metió la primera marcha. El vehículo ascendió treinta centímetros y pasó por encima de los cadáveres, alejándose de las sombras atestadas de manchas de sangre y casquillos vacíos.

—¿Qué piensas? —La figura vestida de negro se recortaba en la puerta del baño—. Tienes cara de preocupado.

Dorian la miró, atónito.

—Creía que ibas a quedarte esta noche. —Un pánico cervical le cerró la garganta—. No tienes por qué regresar a la Schneider.

—Es mejor que me marche, Dorian. —Nessa se balanceó sobre la punta de sus botas—. Creo que sospechan algo.

—¡Tonterías! —Stark se levantó de la cama—. Quiero hablar contigo. Tengo una proposición que hacerte.

—¿No puedes esperar? —La mujer se mostró disgustada—. Ahora no tengo tiempo. Debo volver a la Corporación.

Dolorido, intentó extirparle una respuesta.

—¿Por qué? —inquirió—. ¿Quién sabe cuándo volveremos a vernos?

—He estado pensando acerca de nuestra relación. —Al ver la mirada desolada del agente ejecutor, Nessa se obligó a continuar—. Creo que lo mejor para ambos sería tomar cada uno nuestro propio camino.

El alemán se quedó sin aire en los pulmones.

—¿Por qué has tomado esa decisión? —Atragantándose con sus propias palabras, continuó hablando con un hilo de voz—: Creía que me amabas...

—Te quiero, Dorian. —La *cyborg* se esforzó por avanzar hacia él—. ¿Cómo puedes dudar de ello?

Stark no pudo responder.

—Ya no tengo nada por lo que luchar... ¿Crees que algo cambiará si me abandonas?

Ella ignoró su cuestión.

—Hago esto por ti. Por mi culpa, sigues atado a un pasado que murió hace mucho tiempo.

—Eres lo único que me queda —le reprochó con amargura—. ¿Nunca has sentido nada por mí?

—No debes amarme. Estarías condenado a morir. Yo también estoy condenada... ¡Tanto o más que tú!

—¿Piensas que me importa? —exclamó—. ¡Ya no soy capaz de sentir nada!

Nessa se aproximó, rozándolo.

—A pesar de todos los implantes cibernéticos que moldeen tu cuerpo, sigues siendo humano, Dorian. Nunca lo olvides.

Sollozando, intentó resistirse a su abrazo, revolviéndose como un niño. La mujer lo aguantó con firmeza y lo apretó contra su pecho mientras limpiaba las lágrimas del alemán con los labios. Le besó la frente, los ojos, la nariz y las mejillas, hasta llegar a su boca. Sin percibirlo, se desnudaron, buscando el consuelo que tanto necesitaban.

—Te quiero —susurró.

Nessa le acarició la cara con manos frías.

—Y yo a ti.

Se tumbaron con lentitud sobre el lecho de látex, conscientes de que era una despedida. Dorian descendió por su cuello, recorriendo los senos de la base hasta el pezón, que tomó entre sus labios, mordisqueando la punta endurecida por el deseo. Después introdujo la mano en su entrepierna, moviendo el dedo corazón con lentos círculos. Lamiendo el otro pecho, bordeó su forma, trazando un arabesco hasta la altura del sexo de la mujer. Apasionado, recorrió sus curvas con infinita ternura, llenándose del olor y del sabor de su piel. Los gemidos subieron de intensidad y la *cyborg* llegó al clímax,

arqueando la espalda hacia arriba. Ella lo envolvió con sus piernas musculosas y le apretó las nalgas, metiéndole la lengua en la boca. Su miembro penetró la feminidad de la mujer. Sus cuerpos se unieron en un sueño, encendiendo pasiones ocultas, y se fundieron uno en los brazos del otro. La danza apasionada los llevó al límite de las estrellas, mientras se entregaban todo lo que eran capaces de ofrecer, la última noche que yacieron juntos...

Aterrorizado, Dorian abrió los ojos. Las formas oscilantes de la habitación se abalanzaron sobre su figura, obligándolo a hundirse entre las sábanas. Estalló en sollozos. Sus manos crispadas aferraron los bordes de la colcha, mientras una parte de su alma ardía, consumida por los recuerdos. Quiso ponerse en pie, no soportaba estar dentro de la estancia; parecía que las paredes deseaban aplastarlo. Se derrumbó por un lado de la cama, atrapado dentro de su angustia, llevándose las manos a la cabeza. Estaba empapado de sudor. Los reflejos de la calle incidieron sobre su anatomía, iluminando los músculos rígidos por la tensión. Stark se incorporó, tomó el cilindro situado encima de la mesa de noche e ingirió un puñado de anfetaminas. No se fiaba de la estabilidad de sus piernas, tuvo que esperar a que el efecto de los estimulantes funcionara. Los latidos de su corazón llegaron a un nivel que le cortó el aliento. Resbaló sobre la alfombra, pero en el último instante pudo apoyarse en la pared. Las lágrimas se deslizaron sobre sus mejillas, produciéndole una desagradable sensación de malestar. Durante un momento, tuvo la esperanza de que el dolor desapareciera, aunque supiese que nunca podría alcanzar la paz que demandaba. El agente ejecutor estaba acostumbrado a fracasar desde el día en que abrió los ojos dentro del bioquirófano. Los transplantes cibernéticos eran la prueba definitiva de que jamás volvería a sentirse completo.

«¿Por qué me abandonaste?», se preguntó por enésima vez. «¿Adónde huiste?».

Desde los rincones en sombras, el rostro fantasmal de la mujer se desvaneció en el aire, difuminándose entre las tinieblas

que le retorcían el alma. El silencio que cubría el apartamento adquirió un matiz desolador.

«¿Dónde estás?». El alemán hablaba consigo mismo tal como hacía desde siempre. «¿Qué ha sido de ti, Nessa?».

Se atormentaba, innecesariamente, con las cuestiones que lo habían conducido a aquella locura. No podía olvidar a la *cyborg*, los años compartidos pesaban sobre su conciencia, impidiéndole saborear el presente inmediato. Sus ojos desorientados por los estimulantes vagaron de un lado a otro, recorriendo la habitación hasta que se detuvieron sobre la pistola que descansaba junto a la almohada. Estuvo tentado de vaciar el cargador contra su pómulo. Ello representaría un alivio: evitaría las pesadillas que lo consumían.

«No lo haré», pensó con los brazos crispados. «No quiero perder la poca humanidad que me resta».

Le asustaba la necesidad de autodestrucción que dominaba sus miembros. Había cambiado. Desde que Nessa lo abandonó deseaba morir, escapar de los espectros que le impedían conciliar el sueño, olvidar el pasado que lo humillaba con su peso. Perdía el control de sus actos. La hibridación definitiva se apoderaba, poco a poco, de las partes humanas que le quedaban. Dorian abandonó la estancia a trompicones, descendió unas escaleras en espiral y cruzó el amplio salón en dirección al baño, con la intención de darse una ducha caliente. Sabía que de esa manera no conseguiría aliviar su pesar, pero el desagradable olor de sus fluidos corporales desaparecería; podría volver a sentirse limpio otra vez. Sus pies descalzos asimilaron el frío de las baldosas de mármol, transmitiéndolo a través de los circuitos biosensitivos de la columna. Con la piel erizada, ignoró el gélido ambiente que llenaba el apartamento. Aún era capaz de sentir dolor, no se había convertido en una máquina; aquello debería ser suficiente para él.

«Tiempo al tiempo», reflexionó con tristeza. «Tarde o temprano me transformaré en un *cyborg*».

La voz computerizada del hogar lo arrancó de sus téticos pensamientos:

—Tiene una llamada, señor.

Stark no se molestó en vestirse. Mientras avanzaba hacia el videófono, su musculatura sufrió una sacudida. En aquel instante no deseaba mantener una charla con el comandante Aries, la subida de las anfetaminas le secaba la boca. La pantalla líquida se iluminó cuando entró dentro de su campo de acción, mostrándole el rostro de una mujer desconocida. Confundido, pensó que alucinaba por la secuela de las pastillas. Ella no se sorprendió al verlo sin ropa.

—¿Dorian Stark? —su hermosa voz reveló cierta inseguridad.

El alemán se mostró brusco.

—¿Quién diablos eres? —inquirió—. ¿Cómo has conseguido mi número?

Ella contestó, enojada, en tono cortante:

—Me llamo Paula Müller.

Asombrado, fue incapaz de replicar. Imágenes indefinidas llenaron su cerebro. ¿Qué diablos estaba pasando allí?

—Hugo me habló mucho de ti antes de morir. —Paula no mostró ningún tipo de emoción al mencionar a su antiguo compañero.

El agente ejecutor estudió las facciones de la joven: tendría unos treinta años de edad, cabellos negros cortados a la moda, piel pálida, grandes ojos azules y labios sensuales. Un implante dermatológico brillaba en su mejilla derecha y realzaba el rostro con forma de corazón, aportándole una seguridad no exenta de atractivo.

Dorian fue arrogante:

—No has contestado a mi segunda pregunta.

Paula lo miró con aspereza, señalándose el injerto de toma de datos con un dedo.

—¿Necesitas más explicaciones, colega?

Aquello no le importó.

—¿Qué quieres?

Ella no se molestó en ocultar su cólera.

—Necesito tu ayuda —dijo—. Aunque, pensándolo bien, no sabría si aceptarla. Me pareces tan gilipollas como todos los

agentes ejecutores de la Schneider.

Las palabras del alemán rezumaron crueldad:

—¿Conoces alguno aparte de tu hermano?

Estaba seguro de que la mujer no mentía, sus ojos eran idénticos a los de su antiguo compañero: despiertos, honestos, sin rastros de maldad. Aquello avivó los lóbregos recuerdos que se había esforzado en enterrar.

La joven apretó los dientes.

—Por desgracia, sí —continuó—. Tengo entendido que erais buenos amigos.

Receloso, evitó el tema.

—Efectivamente —acotó—. Murió delante de mis narices.

Müller palideció.

—Eres un hijo de puta, ¿lo sabías?

Stark sonrió, mordaz.

—Sí.

Paula le mostró una fotografía enmarcada en un molde de plástiacero.

—¿Los reconoces?

Con dificultad, Dorian enfocó a dos jóvenes vestidos con uniformes de carbono, que miraban al objetivo en el interior de los departamentos de la OC. Reconoció a Hugo; su inmensa figura era inconfundible. En cambio, el segundo le resultó un poco más complicado de identificar. Su vista vagó sobre el rostro hasta que descubrió que era él mismo. Una lágrima le descendió por la mejilla.

—He quedado favorecido —musitó—. ¿Cómo ha llegado a tus manos?

—Hugo me la envió cuando yo estaba en la universidad. —Anhelante, ella intentó averiguar más cosas—. ¿Mi hermano nunca te hablaba de mí?

El agente ejecutor limpió el irritante cosquilleo de su cara.

—No —reconoció—. Pero sabía quién eras, Hugo te mencionó unas cuantas veces durante nuestras conversaciones. Creo que te ingresaba dinero para que pudieras estudiar.

—Tienes buena memoria, Dorian. —Müller guardó la

fotografía, levemente desilusionada—. Me gustaría hablar contigo.

Su sarcasmo fue palpable:

—¿No lo estás haciendo?

La joven enseñó los blancos dientes en una sonrisa.

—¿No te parece demasiado impersonal de esta forma?

—Quizá. —El alemán tomó una decisión—. ¿Me dejarás tranquilo si nos vemos?

Paula volvió a levantar sus defensas.

—Union Sg Park dentro de tres horas. ¿Podrás venir?

—Mejor cuatro.

—De acuerdo. —La mujer se dispuso a interrumpir la conexión—. Estaré en el centro del parque.

Stark especificó:

—Procura ser puntual.

Müller frunció las cejas.

—No te preocupes —dijo disgustada—. Adiós.

Cuando el monitor quedó a oscuras, Dorian se dirigió al hogar:

—Rastrea la llamada —ordenó—. Encuentra toda la información posible relacionada con esa mujer.

—De acuerdo, señor.

Se apretó las sienes. Las anfetaminas le producían dolor de cabeza, parecía que el cráneo iba a estallarle. Ahora, después de tantos años desde que su amigo muriera, el pasado volvía con fuerza, aportándole emociones que no deseaba recordar.

«¿Qué querrá de mí?», meditó. «¿Será una estratagema urdida por mis enemigos para eliminarme?».

Paula Müller había despertado su curiosidad. Al contrario de lo que le había demostrado, su hermano significaba mucho para él. Hugo fue su único amigo durante sus duros inicios en la Orden de los Centinelas, cuando ambos se preparaban para ser agentes ejecutores de la Schneider, hasta que aquella explosión en Moscú lo cambió todo. La noche anterior había mandado los resultados de la misión al Comandante Aries; no esperaba que

se pusiera en contacto con él hasta la tarde, tenía todo el día por delante para hacer lo que quisiera. Sin pérdida de tiempo, tomó una ducha rápida. Mientras se vestía, el sistema computerizado emitió los datos, mecánicamente:

—Nombre: Paula Müller. Edad: veintinueve años. Profesión: no especificada. Estudios: título de técnico de información expedido por la Universidad de Viena. Unidad domiciliaria: ninguna en concreto. Estado civil: no especificado. Parientes conocidos: Charles, Simone y Hugo Müller. Todos fallecidos actualmente. Historia: es miembro de la Enterprise Ltd. Ha vivido en todos los países de la U.E. Ha pasado tres veces por el bioquirófano: la primera para un trasplante biónico en la parte posterior del bulbo raquídeo; la segunda para una toma de datos en la mejilla derecha; la tercera para...

—Es suficiente. —Molesto, cortó la transmisión—. ¿De dónde ha llamado?

—Desde un videófono público situado en East Village. Número de serie 5.465.746. Instalado por...

Stark ignoró el resto de la información.

—Gracias.

En cierta forma, agradecía que la mujer hubiese aparecido en su vida y lo arrancara de las contriciones que le impedían descansar. Al menos, durante unas horas, no tendría que preocuparse de sus problemas. Las pesadillas informes quedaban olvidadas por el momento.

El alemán destiló ironía cuando se acercó a la joven.

—Buenas tardes.

Paula lo miró con resentimiento.

—Has llegado tarde. —Comprobó los dígitos de su Swatch de pulsera—. ¿No querías que fuera puntual?

—He estado ocupado —mintió, reprimiendo la sonrisa sardónica que empezaba a dibujársele en los labios—. ¿Llevas mucho tiempo esperándome?

La joven no le hizo caso.

—Da igual —dijo—. Conozco un sitio donde podremos hablar sin problemas.

Dorian fue condescendiente:

—Perfecto.

Mientras caminaban en dirección este, analizó a la joven. Müller llevaba un ajustado mono de polipiel. A través de la parte superior con forma de triángulo isósceles invertido, percibió una reproducción de *Eva* de Lévy-Dhurmer tatuada en el vientre musculoso. Botas de cuero hasta las rodillas, guantes de espuma sintética y gafas espejo de cristales reflectantes.

—¿Qué estás mirando?

Stark ignoró su pregunta.

—¿Dónde te hiciste el tatuaje?

—En Francia. —Escupió una goma de mascar al suelo—. ¿Tiene importancia?

—Ninguna.

El estrecho sendero de alquitrán se adentraba bajo las copas de los árboles que prendían encima de sus cabezas. Una helada ventisca invernal sopló entre las ramas de los sauces derribados, arrancando lamentos a los troncos cubiertos de grafitis. Los

colores desvaídos de la arboleda criada mediante la reproducción genética hirieron sus pupilas cansadas, ocultas detrás de unas gafas de sol negras. El parque había sobrevivido a los estragos que el clima entenebrecido había desatado contra su superficie. Ahora, sólo quedaba una impresión de amargura flotando sobre las hojas desgarradas, una sensación de tristeza que le recordó a la pesadilla que lo había despertado por la mañana.

«Qué lugar tan desagradable», pensó con el cuerpo aterido. «Deberían quemarlo hasta reducirlo a cenizas».

Al salir del hotel, se introdujo entre los carriles de tráfico aéreo, con la intención de dirigirse al punto acordado. Mientras el deslizador surcaba los cielos de Greenwich Village, sorteó los inmensos rascacielos de acero y cristal, vencido por la depresión. El terrible sueño le había arruinado el día, además de haber incrementado la melancolía y los dilemas morales que amenazaban con ahogarlo. Los bloques de apartamentos coronados por letreros publicitarios de tres dimensiones le irradiaron los rasgos contraídos por la angustia. Cuando atravesó La Avenida de las Américas, un kilómetro abajo, distinguió miles de transeúntes; la mezcla de americanos, negros, latinos y orientales era incapaz de caldear el ambiente helado, donde se producía una manifestación. La ternura que un día llenó su interior lo abrumaba, despreciaba aquellos sentimientos porque únicamente le proporcionaban infelicidad. Dorian dobló a la derecha, sin prestar atención a las sirenas de la policía megapolitana, y se introdujo por la Calle 14. Magnetotrenes parpadearon sobre la BMW-350 mientras llevaban a los pasajeros dentro del circuito de barrios que formaban Manhattan, transmitiéndole una sensación de pesadumbre insoportable. Al llegar, aparcó el vehículo en una de las plataformas de hormigón diseñadas para los aerodeslizadores situada en el exterior del parque. Mientras la mujer lo esperaba, recorrió el lugar, buscando agentes ocultos con un pequeño rastreador Toshiba. No parecía que Müller intentara tenderle una trampa. Oculto detrás de un tupido seto, se dedicó a observar a la joven, saboreando su impaciencia. Durante una hora larga, los remordimientos

desaparecieron. Sabía que era una *hacker*, los datos que el hogar le había proporcionado podían estar manipulados; no se fiaba de sus buenas intenciones.

—Hace un frío espantoso —comentó Paula mientras prendía un cigarro con un tubo de fósforo—. ¿Quieres uno?

El alemán rechazó el Marlboro con un gesto:

—No, gracias.

Había dejado el tabaco después de su primera bioperación. Detestaba la sensación amarga de los cigarrillos en su garganta; le recordaba al tacto de los tranquilizantes que le recetaban los neuroingenieros de la Schneider.

Dorian dijo:

—Te imaginaba diferente.

—¿Y eso por qué?

—No esperaba que fueras una *hacker*.

La joven acarició el implante de su mejilla.

—¿Ahora te has dado cuenta? —preguntó, burlona.

—La primera vez que te vi estaba demasiado sorprendido para apreciarlo.

—¿Sorprendido? —Müller sonrió con malicia—. Yo diría que estabas demasiado colocado.

Él no reaccionó ante su perspicacia.

—¿Qué deseas de mí?

—Todo llegará en su momento. —Soltó una bocanada de humo en su dirección—. ¿Tienes prisa?

—Tú me llamaste —dijo con frialdad—. Procura no incordiarne con sarcasmos, ¿entendido?

Ella apretó los labios, irritada, sin molestarse en replicarle. La mente imaginativa de Stark la asoció con la *Madonna* de Munch. Pese a su desagradable actitud, se sentía protector con aquella mujer. ¿Acaso no era la hermana de su mejor amigo?

«Te has vuelto un sentimental», pensó, barriendo aquel sentimiento de su interior. «Apenas la conoces».

En la distancia, sobre las copas caóticas de los árboles, comenzó a vislumbrarse una cúpula carmesí de cerámica troceada. Lentamente, se aproximaron al zoco con forma rectangular oculto

en la espesura. Pasaron los dinteles abocinados de las puertas. El cálido ambiente del interior calmó los sentidos narcotizados del alemán. A diferencia del exterior, el lugar estaba lleno de vida: turcos vestidos con vistosas túnicas charlaban, bebían, reían, trapicheaban y cantaban entre los puestos comerciales. Paula lo condujo a través de las brillantes salas alfombradas con lino en dirección descendente, a los sótanos del edificio, saludando a quienes le dirigían la palabra. Primero, bajaron hacia la izquierda, esquivando a una manada de ganado manufacturado: el acre olor de las bestias llenó las fosas nasales del agente ejecutor. Después, traspasaron un corredor circundado por vidrieras multicolores, pasando de largo una sala de baños termales. Finalmente, tras recorrer un pasillo bordeado por columnas de piedra, llegaron a una habitación circular con las paredes cubiertas de tapices. Tomaron asiento sobre los cojines desparramados por el suelo. Ambos quedaron separados por una mesa de madera artificial decorada con incrustaciones florales de nácar.

—¿Te apetece tomar una copa?

La joven se quitó las gafas. Su mirada franca desarmó las dudas de Stark. Estaba seguro de que ningún neurotransmisor grabaría la conversación.

—No —contestó con brusquedad—. ¿Por qué me has llamado?

—No sé cómo Hugo era capaz de soportarte —suspiró—. ¿Siempre te comportas así?

—Efectivamente.

Con las piernas cruzadas, Müller se reclinó sensualmente, encendiendo un Marlboro de mercado negro. Dorian apreció el excitante olor de su cuerpo; sin embargo, no demostró emoción alguna. ¿Qué podía significar su belleza para él?

—Lo repetiré por última vez: ¿qué quieres?

—Necesito tu ayuda.

—Continúa.

—Hace un año que busco tu paradero —explicó la joven—. He rastreado tus últimas operaciones: Sydney, Barcelona, Shangai, Milán y Nueva York. —Soltó una espiral de humo

hacia el techo—. ¿No tomáis vacaciones en la Schneider?

—Me gusta mi trabajo —respondió secamente.

—Ha sido difícil dar contigo. Tus superiores no desean que nadie pueda comprarte, ¿verdad?

—Cierto.

—Represento a la Enterprise Ltd. —El alemán asintió con la cabeza—. Mis presidentes quieren una alianza con tu casa.

—¿Una alianza? —inquirió, suspicaz—. ¿Para qué?

—Mi multinacional es una pequeña empresa en expansión... Stark la interrumpió.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Paula lo observó, enmudecida. Sus ojos azules chispearon, coléricos, deseando atravesarle.

—Como iba diciendo, la Enterprise es una pequeña casa que quiere ampliar sus horizontes —continuó con la voz estrangulada por la rabia—. Sabemos que la Schneider busca a todo tipo de agentes que puedan unirse a sus filas.

—¿Y?

—La Enterprise ha intentado conseguir una alianza con tus superiores, nosotros contamos con todos los contactos e informaciones que tu corporación pueda desear, sólo que han rechazado nuestras propuestas.

—¿Y?

—Nos quieren contratar por un sueldo de mierda. —Müller se mostró enojada—. Nosotros somos buenos. Por difícil que sea encontrar la información, la conseguimos. —Lo señaló con el dedo—. ¿Cómo crees que he localizado tus datos dentro de los bancos de datos de la Schneider sin ser atrapada por sus Bloques de Defensa Anti-intrusos?

El agente ejecutor habló con socarronería:

—¿Y qué pinto yo en toda esta historia?

—Hemos rastreado las emisiones de tu corporación durante las últimas semanas. —La joven sonrió—. Gracias a ello, pude averiguar que ibas a venir a Nueva York. Sabía que debías eliminar a los emisarios de la Murakami y la Kesler antes de que te lo ordenaran.

Aquella intromisión en su trabajo lo molestó.

—Tantos conocimientos podrían causarte problemas —arrastró las palabras—. Antes de lo que imaginas, unos cuantos agentes ejecutores te volarán la tapa de los sesos.

Ella tragó saliva al escuchar la fría amenaza del alemán. Con un movimiento despreocupado, aparentó más seguridad de la que sentía, quitándole importancia al asunto:

—Tengo información de primera mano acerca de tu última misión. —Paula prendió otro Marlboro, intentando tranquilizar sus temores—. Ahora, debemos llegar a un acuerdo.

—Dime lo que sabes —pidió sin tomarse en serio su explicación—. Sacaré mis propias conclusiones.

—¿Para que desaparezcas por donde has venido? —lanzó una risa sin humor—. ¿Crees que soy gilipollas o qué?

Stark argumentó, hermético:

—Podría matarte. —Sacó un arma del arnés—. Habla antes de que agotes mi paciencia.

Müller se revolvió, incómoda, sobre los cojines.

—Es un farol —titubeó, sin apartar la vista de la W-PPK que la apuntaba—. ¿Serías capaz de dispararme?

—Sí.

—¿Cómo puedo saber que no abrirás fuego cuando termine de hablar?

Una sonrisa glacial cruzó el rostro del agente ejecutor.

—Eres la hermana de Hugo, ¿recuerdas?

Ella protestó:

—Si lo hicieras, morirías.

—Antes serías un cadáver. —Amartilló la pistola—. ¿Dónde estaría tu victoria?

—No estás hablando en serio...

—¿Crees que me importa morir?

La joven quedó desarmada ante su pregunta. Podía leer en los gestos de aquel asesino que sería capaz de hacerlo, lazos familiares aparte.

—¿Qué clase de hombre eres? —masculló—. ¿Dónde está tu conciencia?

—No me la puedo permitir —replicó, impaciente—. ¿Vas a hablar o no?

—De acuerdo, tú ganas. —Paula levantó las manos en señal de derrota—. No me mates...

El alemán gruñó:

—¡Empieza!

—Ayer logré introducirme en los archivos de la Kesler —repuso—. Mañana un escuadrón de agentes ejecutores irá en tu búsqueda.

—¿Dónde intentarán matarme?

—En tu apartamento de Greenwich Village.

—¿A qué hora?

—Durante la madrugada.

—¿Cuántos hombres?

—Seis.

Dorian volvió a sonreír sin alegría.

—¿Cómo han logrado averiguar mi paradero?

—Llevas un audiotransmisor en tu equipaje, no les ha sido difícil rastrearte.

Stark apretó los labios. Odiaba cometer errores; un soldado de su categoría no podía permitírselos.

—Supongo que he de darte las gracias. —Con soltura, enfundó la W-PPK—. ¿Qué quieres a cambio?

Müller se relajó al perder de vista el arma.

—Mis presidentes desean que pongas al corriente a tus superiores sobre la eficiencia de nuestros técnicos de información.

Dorian se sintió culpable por haberla asustado. La parte de máquina que dominaba su interior lo había absorbido por completo. La joven tenía razón, sería incapaz de eliminarla; era lo único que le quedaba de Hugo.

El agente ejecutor se incorporó.

—Intentaré hacer todo lo posible para que la Schneider sepa de la Enterprise Ltd.

—¡Espera! —suplicó—. Quiero que me hables de mi hermano.

—¿Por qué?

—Eras su amigo. —Incómoda, continuó—: Yo nunca llegué a conocerlo tan bien como tú.

Stark se acercó a la salida.

—¿Cómo sabes que estábamos tan unidos? —Sus ojos biónicos se encontraron con los de la mujer—. Hugo nunca me dijo nada.

—Cuando estudiaba en Austria manteníamos una fluida correspondencia. Siempre me hablaba de ti: de lo buen amigo que eras, de lo unidos que estabais, de las misiones que compartáis, de tu perfeccionismo como agente...

—¿Y qué más? —Stark sabía que faltaba un punto importante; le ocultaba un secreto, los movimientos nerviosos de sus manos la delataban.

—En su último mensaje comentó que fuiste herido en Tokio. ¿Qué porcentaje perdiste, Dorian?

El alemán apretó los puños.

—Eso no te importa.

—Siento haberte molestado. Hugo estaba preocupado por ti mientras salía de Camboya. Quería pasar por el hospital a visitarte...

«Maldita sea», pensó con los músculos del cráneo tirantes por la tensión. «Sabe que soy un bioconstruido».

Sin saber por qué, tomó una decisión, interrumpiéndola.

—Haremos un trato: tú me conseguirás cierta información y yo te diré lo que recuerde de tu hermano. ¿De acuerdo?

Ella preguntó, esperanzada:

—¿Qué quieres?

—Que encuentres a una *cyborg*.

—¿Cómo?

—Se llama Nessa —su voz tembló—. Modelo Beta-3 del Programa de Asesinos de la Schneider. Número de serie 78.488.920. ¿Comprendido?

—Perfectamente.

—Si lo consigues, llámame. Estaré en mi apartamento hasta el fin de semana.

—De acuerdo.

«¿Qué hago?», reflexionó. «¿Qué espero conseguir después de tantos años?».

Dorian examinó el cuerpo de la joven, arrellanado encima de los cojines que cubrían las coloridas baldosas del suelo. La deseaba, se sentía atraído por ella, pero le desagradaba aquella sensación; él no podía permitirse el lujo de amar a nadie. Sólo se había sentido sexualmente fascinado por la *cyborg* en toda su vida. El despertar de aquella emoción hizo que su corazón se contrajera de dolor. No le proporcionó ningún respiro. Era incapaz de aceptar sus sentimientos. Ello lo había debilitado, sus emociones desbordadas siempre terminaban ahogándolo. No era cuestión de cometer el mismo error por segunda vez.

Sin mirar atrás, franqueó las cortinas teñidas de rojo. Un montón de seda cubrió su retirada.

—Hasta pronto —musitó Müller—. Nos veremos antes de lo que imaginas, Dorian.

Las luces de la ciudad brillaban desde lo alto del edificio, irradiando el rostro sumido en sombras. A su alrededor, los rascacielos se alzaban, ominosamente, entre los claroscuros de la madrugada, prendidos por los reflejos irregulares de los carriles de la aeroautopista. La gélida temperatura que dominaba las calles hizo que Stark contrajera el cuerpo debajo de la trinchera. Intentaba concentrarse en el presente, afrontar la operación como un profesional, pero no conseguía borrar las imágenes del pasado...

Müller lo tranquilizó.

—Yo te cubro.

Stark colocó la cápsula adherente debajo de la superficie metálica. Calculó el tiempo que les restaba y programó el contador a seis minutos. De inmediato, las esferas parpadeantes del cronómetro temporizador se pusieron marcha atrás.

—Tenemos seis minutos, Hugo.

Müller asintió, atento a un neotecno situado en una de las rampas superiores. En aquel instante, un grupo de adversarios apareció al otro lado de la nave, armados con potentes escopetas de corredera.

—¡Mierda!

—¡Ayuda! —El agente ejecutor se dirigió a los *cyborgs* que estaban al oeste del almacén.

Sin esperar a ver si obedecían la orden, asomó medio cuerpo por encima de su refugio con las dos armas cruzadas sobre el pecho, protegiendo a su compañero. Un proyectil acertó a un neotecno en la cara; otro golpeó

un estómago desprotegido; el tercero se hundió en una entrepierna. Una detonación le lamió el cuello y otra chocó contra su gabardina blindada, rompiéndole las costillas inferiores y arrojándolo hacia atrás. Aquello le salvó la vida. En la plataforma, un oponente giró un lanzacohetes ruso de pantalla circular, con una mueca enloquecida impresa en la faz atravesada por *piercings* celulares, cadenas y empalmes metálicos.

—¡No!

El pequeño misil de cabeza buscadora activa se dirigió hacia Hugo en una sucesión de planos fragmentados a cámara lenta, emitiendo una estela humeante. Impotente, Stark vio cómo el cohete chocaba contra Müller, destrozándole el esternón: los fragmentos lo empaparon de sangre. El cadáver se tambaleó, las piernas sostenidas por las caderas oscilaron y se desplomaron en el suelo...

Al llegar a su apartamento, el hogar le comunicó:

—Tiene un mensaje, señor.

—Muéstramelo —ordenó con frialdad.

El rostro del comandante Aries llenó la consola. Dorian se quedó prendado por sus ojos, el derecho azul y el izquierdo gris, helados como destellos de cromo. Su superior estaba encuadrado por las paredes de su despacho.

—Buenas noches, Stark —saludó—. Me alegro de que terminara la misión sin contratiempos.

—Gracias, señor —murmuró, sarcástico.

—Tengo otra operación para usted, sargento.

—Genial.

—Uno de nuestros *hackers* ha desertado de la Corporación —explicó—. Debe ser eliminado antes de que venda información a la competencia.

«Tengo mejores cosas que hacer que limpiar la basura», pensó. «¿Quién te has creído que soy?».

—Su objetivo se llama Gundrad Halld. Vive en el Sector Cuarto, en Brooklyn, Calle 5.517, Piso 2.026. Actúe rápidamente,

Stark. Llámeme cuando termine la operación.

Desalentado, Dorian se dirigió al lugar que Aries le había dicho. No le resultó complicado sintonizar la onda de emisión del Newgen hacia el complejo donde vivía el *hacker*. Con una tarjeta universal, llegó al apartamento 2.026 e instaló una bomba en las escaleras de servicio ubicadas en el interior del edificio. Esperaba que los agentes de la Kesler cometieran el error de entrar en la casa en su búsqueda. El explosivo plástico de trinitrotolueno que había traído desde Milán los quitaría a todos de en medio. La onda expansiva volaría la planta con una descarga cerrada, no quería que ardiese el rascacielos; serían demasiados problemas engorrosos que justificar ante sus superiores.

«¿Paula me habrá dicho la verdad?», pensó mientras apuntaba a las ventanas panorámicas del apartamento de su víctima. «¿O sólo trataba de impresionarme?».

Interiormente, admiraba a la mujer. Stark sabía que ella había utilizado los lazos emocionales que lo unían a su hermano para aproximarse a él. Si hubiera sido de otra forma, lo más probable era que la hubiese matado; no le agradaba que alguien tuviera acceso a sus archivos. A pesar de haber transcurrido casi una década desde la muerte de Hugo, aún se encontraba fatal consigo mismo cuando recordaba la manera en la que el misil lo aniquiló. Esa cicatriz, junto a muchas otras, nunca terminaba de cerrarse. Le fascinaba la cantidad de ruinas que era capaz de acumular en su corazón. Parecía que, realmente, disfrutaba con ellas.

«No seas morbosos», se exhortó con los dientes apretados. «No olvides que estás trabajando».

Al otro lado de la manzana, a través de una ventana cubierta por persianas de aluminio anodizado, el alemán contempló a su víctima gracias a los cincuenta aumentos del teleobjetivo. Halld era un enorme noruego de dos metros de altura que vestía las ropas doradas de los de su profesión. Un cable de toma de datos injertado en la parte posterior de su oreja lo conectaba a una consola Philips último modelo. Los guantes de retroalimentación que se movían encima del teclado imaginario cruzaban los caminos inmateriales que ofrecía Internet a sus usuarios. Dorian

centró su mente en Paula. La joven, sin saberlo, lo había hecho olvidar sus preocupaciones, tal como la *cyborg* hizo antes, años atrás. Rememoró el olor que emanaba de su persona, las rotundas curvas de su cuerpo, la palidez de su piel finamente cincelada, el tatuaje que le llenaba el vientre. Para el agente ejecutor, era una especie de hada que había accedido desde el pasado, dispuesta a proporcionarle una segunda oportunidad.

«Quizá descubra dónde está Nessa», reflexionó con un anhelo imposible de reprimir. «Debo encontrarla antes de que todo esto termine».

Inesperadamente, la puerta del apartamento saltó por los aires. Agentes armados entraron en tromba, cosiendo las paredes a balazos. Halld se levantó, sobresaltado. Uno de los hombres de la Kesler lo derribó de un culatazo en la cabeza. La consola estalló en mil pedazos contra el suelo. Stark lamentó no disponer de un sistema que le permitiera escuchar a los soldados que se inclinaban sobre su adversario. Aterrorizado, Halld intentó contestar a sus preguntas. Cinco hombres registraron el pequeño apartamento buscando al alemán, sin éxito. Uno emergió de una habitación posterior con una mujer del brazo. Esta, tan aturdida como Halld, forcejaba contra el individuo que la arrastraba sobre la moqueta.

—¡Demonios!

Dorian aferró los bordes del arma con un grito de sorpresa anclado en la garganta. La joven era Paula. Stark intentó disipar los efectos de las anfetaminas que había tomado. Estuvo cerca de abrir fuego, pero la parte de máquina que dominaba su interior reprimió aquel impulso irracional. Tenía que cumplir su trabajo; lo demás, era irrelevante a sus deseos. Nervioso, observó cómo los agentes de la Corporación Kesler tendían a la joven, desgarrando sus ropas de polipiel. Un cabo le propinó una patada en el cráneo y la dejó inconsciente. Otro, un soldado raso que estaba dispuesto a violarla, se bajó los pantalones, mostrando su pene en erección. El alemán apretó el Máuser hasta que le punzaron los dedos, controlando sus sentimientos. El dispositivo que activaba la bomba quedaba a unos centímetros de su zurda:

le bastaría volar el apartamento por los aires y todo habría terminado. El hombre se echó sobre la mujer, penetrándola. Sus compañeros lo vitoreaban, animándolo a continuar la siniestra tarea. Colérico, soltó el arma y subió al aerodeslizador, girando el acelerador a fondo. La BMW-350 ascendió hacia el cielo entre un chorro de humo. Stark se lanzó en picado con los motores gemelos al máximo. La eternidad pasó durante unos segundos delante de sus ojos mientras caía en dirección a la calle. Las luces de neón fulguraron, intentando atraparle antes de que se estallara contra el suelo, en una mezcla de metal retorcido, huesos rotos y carne sintética abrasada. Logró controlar el vehículo de golpe, esquivando un transporte de residuos. Pasó en vuelo rasante. La carrocería del Nissan soltó una lluvia de chispas iridiscentes al rozar la superficie blindada del aerodeslizador. Stark ignoró las punzadas de la rodilla herida, realizó un amplio semicírculo de ciento ochenta grados, rodeó el bloque y llegó a las escaleras de emergencia situadas en la fachada de cemento. La BMW-350 chocó contra la barandilla. El alemán descendió de un salto y corrió hacia una puerta metálica pintada de gris. Tres cuchillas retráctiles emergieron de su diestra y arrancaron la cerradura de cuajo. Cojeando, se lanzó en una endemoniada carrera hacia la vivienda de Halld. Las garras desaparecieron dentro de las fundas ocultables. Dorian llegó a su objetivo con las W-PPK empuñadas. Sus oponentes estaban de espaldas a la puerta. El que había violado a Paula se subía los pantalones, satisfecho, con una sonrisa en la cara.

—Es vuestro turno, muchachos —dijo—. Esta putita no tiene desperdic...

El impacto lo arrojó al suelo con los genitales destrozados. Los agentes ejecutores de la Kesler se giraron, sorprendidos, y levantaron las armas. El alemán agotó los cargadores. La tormenta de plomo esparció las entrañas de dos soldados sobre las paredes. Un segundo más tarde, soltó sus armas y le arrancó la cabeza al cabo con las cuchillas cibernéticas. Mientras el cadáver se desplomaba como si fuera un surtidor de sangre, le arrebató el fusil de asalto. Los hombres restantes intentaron apretar los

gatillos de las ametralladoras. Stark disparó, convirtiendo sus físicos en una mareada carmesí al atravesarlos con crueldad. Cuando estuvieron muertos en grotescas posturas, escupió encima de los cadáveres diseminados ante sus pies. Aquellos soldados no eran profesionales, únicamente merecían su desprecio; se alegraba de haberlos masacrado como a perros.

«No se mezcla el trabajo con el placer», pensó, acercándose a la joven. «Si yo hiciera algo parecido me fusilarían».

Aparte de lo sucedido, Paula no había sufrido ningún daño. Yacía desmadejada en el suelo, con los brazos alrededor del rostro, vencida por el puntapié que la había dejado fuera de combate.

«¿Qué hacías aquí?», se preguntó, furioso, mientras le comprobaba el pulso. «¿De qué conocías al noruego?».

Dorian miró a Gundrad Halld. Este estaba muerto junto a uno de los cuerpos mutilados. Lo habían ahorcado con el cable de fibra óptica de la consola. La mujer no tenía nada roto: una contusión menor a la altura del pómulo que, lentamente, iba tornándose púrpura; unos cuantos hematomas en el vientre; unos arañazos en el brazo derecho. Stark la envolvió con la gabardina, ocultando su cuerpo medio desnudo. Caminó hacia la salida de la habitación llevándola en brazos. Un gemido de sufrimiento hizo que se volviera como un relámpago. El soldado raso, el primero al que había disparado, se retorció en el suelo, con las manos cubiertas de sangre rodeando su pelvis. Se dirigió hacia su víctima exhibiendo una sonrisa torva y le aplastó el tobillo de un pisotón. El hombre gritó. Dorian le rompió la mandíbula de un talonazo.

—Vas a salir volando por los aires. —Sus ojos grises brillaron hoscamente—. Púdrete en el infierno, cerdo asqueroso.

Mientras el aerodeslizador surcaba los cielos murmurantes, cubiertos por la bruma aceitosa producida por las grandes refinерías, la horrrisona explosión le pareció una pesadilla abandonada a su espalda. El rascacielos se tambaleó de un lado a otro. Una llamarada roja arrojó muebles, trozos de piedra

y cadáveres calcinados a las calles situadas a mil metros de distancia. Nada de ello pareció preocuparle. Volaba en dirección norte, apretando el cuerpo de Paula con una ternura que nadie, ni siquiera él mismo, le hubiera creído capaz de ofrecer.

—¿Qué tal estás?

—Jodida. —Paula intentó sonreír—. Literalmente.

Encima del lecho formado por aluminio y gomaespuma, una pintura de seda hilada mostraba la imagen de la diosa Deva sentada entre colores ciruela, verdes claros y rosas amarillentos. Stark no pudo dejar de apreciar cierta similitud entre ambas.

—Te pareces a ella. —Estuvo tentado de acariciarle la mejilla, pero se contuvo.

—Si tú lo dices...

El alemán sonrió por primera vez en tres años, sin la dosis habitual de amargura que acompañaba a aquel gesto.

—Intentaba animarte, Paula. —Le rozó los cabellos—. Me alegro de que estés bien.

—Gracias por tu preocupación. —La joven no pudo evitar un pequeño matiz de ironía en la voz—. Parece que me equivoqué contigo.

—No lo creas —Dorian fue cínico—. Aún puedo matarte.

—Seguro. —Müller le apretó la zurda—. Cuando me amenazas, procura ser más convincente.

Stark se deshizo del contacto. Ella lo miró, dolida por su rechazo.

—Lo siento —se disculpó—. No estoy acostumbrado a que me toquen.

—¿Por qué te haces el duro? —preguntó—. Sé que no eres tan frío como pretendes aparentar.

—No me puedo permitir el lujo de sentir emociones, Paula.

—¿A qué te refieres?

—Cuando pierdes humanidad, nunca vuelves a recuperarla —titubeó—. Mis sentimientos sólo me han producido dolor.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Dorian contestó con otra pregunta:

—¿No me has oído?

—¿No crees que es mejor perder antes que renunciar de antemano?

—No. —Stark se pasó una mano por el rostro ensangrentado—. Odio el valor de la pérdida.

—¿Has sido feliz alguna vez, Dorian?

Este tenía la mirada suspendida en el vacío.

—Sí —contestó—. Dudo que pueda volver a conseguirlo.

—¿Por qué?

—Perdí todo lo que significaba algo para mí.

Stark estudió la reproducción de hebras metálicas que adornaban su estómago como una pintura viviente. Aquel tatuaje le proporcionó una especie de languidez mientras sumergía el cuerpo de la joven dentro de la ducha forrada con paredes de metacrilato. Era la primera vez que bañaba a alguien, así que se esforzó por tratar con delicadeza el cuerpo indefenso. Tuvo la impresión de que lavaba su anatomía con sus lágrimas, secaba su cuerpo con sus cabellos y arrancaba las espinas que los agresores hundieron en su frente con sus cuidados. Pinchazos angustiosos recorrían su rodilla derecha. Los dientes le rechinaron de dolor. La superficie plateada de la rótula era visible bajo la piel sintética desgarrada por la fricción. El alemán abrió el maletín y sacó el autoinyector militar guardado en un compartimiento oculto. La dosis de morfina relajó sus nervios maltratados. No soportaba el malestar de los trasplantes, era una sensación demasiado turbadora para enfrentarse a ella; necesitaba escudarse de las emociones que lo debilitaban. La piel tardaría en curar varias semanas. Las heridas que las garras habían marcado cicatrizarían, recordándole lo mucho que despreciaba sus injertos. Por fortuna, no había perdido nada de su decreciente humanidad. Ello siempre representaba un alivio, aunque si era sincero consigo mismo, tampoco le servía de mucho.

—¿Qué hacías en el apartamento?

—Trabajaba para ti, capullo. —Stark alzó las cejas—.

Intentaba encontrar el paradero de la *cyborg* que me dijiste.

—¿De qué conocías a Halld?

La joven lo miró con tristeza.

—Gundrad me puso detrás de tus pasos.

El agente ejecutor fue desconfiado:

—Creía que me habías localizado tú sola.

—Lo hice, Dorian —confesó—. Pero nunca hubiera logrado salir de los archivos de la Schneider sin un cable. Necesitaba a alguien que entretuviera a los Bloques de Defensa Anti-intrusos con un cortafuego mientras estaba dentro. ¿Tenías que matarlo?

Stark se encogió de hombros.

—Mis superiores me lo ordenaron nada más despedirnos.

—¿Te gusta ser un asesino contratado por la Schneider, Dorian? —le preguntó sin rastro de rencor—. ¿Cómo puedes llevar el peso de tantos crímenes sobre tu conciencia?

Su mirada se detuvo en el biombo de seis hojas que decoraba el polo sur de la habitación.

—Procuro no pensar en ello.

—¿Nunca has intentado desertar?

—Quise hacerlo una vez —admitió—. Pero no tuve tiempo de poner mi idea en práctica.

Era cierto. Quiso convencer a la *cyborg* para que huyeran juntos, pero ella rechazó su plan, alegando que debía regresar a la Schneider. Al día siguiente, sólo quedó el suplicio de los recuerdos; no había vuelto a encontrarla a pesar de sus mejores deseos. Nessa nunca quiso darle una explicación de despedida.

—¿Mataste a Gundrad?

—No —replicó—. Fueron los agentes ejecutores de la Kesler.

—¿Cómo murió? —al terminar la pregunta, su voz se quebró.

Stark no quería preocupar a Müller.

—Le dispararon por la espalda —mintió—. Fue rápido y sin sufrimiento.

—¿Cuántos años hace que eres un agente ejecutor, Dorian?

—Once.

—¿A cuántas bioperaciones te has sometido?

—Cuatro.

—¿Qué partes humanas perdiste?

—¿Me estás interrogando? —preguntó con severidad.

Ella sonrió.

—Intento saber un poco más de ti. —Hizo un mohín encantador con los labios—. Me lo merezco.

—En la primera bioperación, perdí las dos piernas y parte del costado. En la segunda, el brazo derecho. En la tercera, el páncreas. Y en la cuarta, una fracción del hemisferio oriental de mi cerebro.

—¿Te trasplantaron los ojos?

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición.

Paula no quiso comentar nada al respecto. Dorian respetó su silencio.

—¿Tienes hambre? —Se maldijo por su falta de tacto—. ¿Has comido en todo el día?

—No.

—Te traeré algo. —Se puso en pie—. Tardaré unos minutos.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —Paula se incorporó, mostrándole los senos perfectos.

«No soporto saber que estás desnuda», pensó. «Me gustas demasiado».

—No quiero parecer un mal anfitrión.

En la cocina, Dorian controló las emociones contradictorias que luchaban en su interior. El deseo de poseer a Paula lo dominaba, pero él no podía permitirse esa clase de sentimientos; no quería repetir el mismo error que había cometido al enamorarse de Nessa. Creía que Müller se sentía físicamente atraída por él, notó el brillo aprobador de sus ojos cuando la llevaba a la cama después de ducharla. Apartando aquel tipo de pensamientos, el alemán se adueñó de la moderna cocina de vidriocerámica. Pulsó los botones del horno y preparó una de sus comidas preferidas: *Pilafi Me Garides* de plato principal y un *Biscotta Lemoniou* de postre. Cuando el aparato terminó de calentar la cena, tomó la bandeja humeante y añadió un zumo de

naranja junto a los cubiertos. Estuvo tentado de prepararse un plato, pero desechó la idea; lo más probable era que el efecto de los estimulantes le arruinara la comida. Le resultaba imposible digerir algo cuando estaba dopado, menos aun después de la dosis de morfina que se había inyectado. Mientras ascendía por las escaleras, le llegó una carcajada de sorpresa. Con el rostro pétreo, corrió la puerta y entró en la estancia.

—¡Sabía que tenía razón! —exclamó la joven con el frasco de anfetaminas en la mano—. ¿Demasiado sorprendido para responder, Dorian?

Había dejado los estimulantes encima de la mesa de noche: no estaba acostumbrado a recibir visitas.

—Estarás contenta, ¿no? —rezongó, enojado.

No le agradaba que supiera que era un drogadicto.

—La verdad es que sí. —Müller sonrió de oreja a oreja—. Me animarán un poco.

El alemán se acercó a la cama y depositó la bandeja en su regazo con brusquedad.

—¿Desde cuándo tomas drogas?

—Desde siempre. —Miró los platos humeantes—. ¿Comida griega?

—Espero que te guste.

—Es mi favorita. —Con ironía, añadió—: Cada vez sé más cosas sobre ti, Dorian.

A Stark le resultaba chocante la facilidad con la que ella había logrado desembarazarse de los recuerdos de la jornada anterior. En apariencia externa, parecía que nunca había pasado por aquella terrible experiencia, o a lo mejor ocultaba sus sentimientos igual que él, pero con un estilo completamente distinto.

—Te pareces a tu hermano.

Paula murmuró con la boca llena:

—Gracias.

—Lo digo en serio. —Arrastró una silla orgánica hasta los pies de la cama y se sentó sobre la superficie de policarbono.

—¿Por qué no te sientas a mi lado? —le preguntó la mujer—. No voy a morderte.

—Prefiero evitarlo. —Dorian sonrió sin ganas—. No es nada personal.

—Te encanta hacerte el chulo, ¿verdad? —Dejó caer la sábana, mostrándole su torso desnudo—. ¿O no me deseas?

—Una mezcla de ambas partes. —Una llamarada recorrió las fibras de Stark hasta resultarle dolorosa—. Te aconsejo que no juegues con fuego, Paula. Podrías quemarte.

Ella esbozó un gesto malévolo.

—No te preocupes por mí, cariño. —Se llevó el tenedor a la boca—. Soy más dura de lo que imaginas.

—No lo pongo en duda —admitió—. Llevas bastante bien las últimas veinticuatro horas.

Müller terminó el plato.

—Ha sido el día más movido de mi vida. —Atacó el postre con ganas—. Espero que no vuelva a repetirse en mucho tiempo.

—Yo que tú, rezaría para que no volviese a repetirse nunca más —respondió secamente—. Por cierto, te agradecería que te vistieras, si no es mucho pedir.

—La culpa ha sido tuya —rio—. Si no me hubieras pedido que buscara a Nessa, ahora mismo estaría en un Concorde rumbo a Suecia.

Stark experimentó cierto interés.

—¿Qué se te ha perdido en Suecia?

—Tengo una bonita casa construida cerca del océano Atlántico. —Paula se apartó los cabellos del rostro—. Un día tendrás que venir a visitarme.

—Lo haré —prometió vagamente.

—¿Tienes hogar, Dorian?

—Un apartamento en Los Ángeles.

—¿Familia?

—No.

—¿Qué pasó con ella?

—Mi madre me internó en un orfanato público cuando tenía seis años.

—¿Por qué?

—Nunca tuve tiempo para preguntárselo.

Ella se sintió abatida por el tono afligido de su voz:

—Tenemos eso en común. —Paula se congratuló con el alemán—. Ambos hemos perdido a nuestra familia.

Stark estaba al corriente del asunto. Los padres de Hugo fueron masacrados por un escuadrón de andróides terroristas. Su antiguo compañero se lo había contado hacía muchos años.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

La joven puso la bandeja sobre el colchón de gomaespuma y tomó un estimulante con el zumo de naranja.

—Primero quiero conseguir una consola. —Un músculo le tembló en la mejilla cuando las anfetaminas le hicieron efecto—. Luego, terminar la parte del trato que acordamos. —Puso el vaso vacío al lado de los platos sucios—. Y, por último, abandonar este puto continente.

El agente ejecutor se ofendió por su acción.

—¿Por qué te has drogado?

Müller fue fría:

—No hace falta que te muestres paternal conmigo, colega. Sé cuidarme sola.

El alemán se sintió herido. ¿De qué le servía mostrarse auténtico con los demás?

—Haz lo que quieras. —Volvió a adquirir la actitud gélida y distanciada de siempre—. Sólo quería protegerte.

El silencio llenó la habitación hasta resultar agobiante.

—¿Dónde está mi ropa? —Paula fue trivial, quitándole hierro al asunto—. No quiero ofenderte con mi desnudez.

Dorian se dirigió al extremo del dormitorio, sacó un mono de cuero sintético de un armario y lo colocó en la silla donde había estado sentado.

—Espero haber acertado con tu talla. —Un matiz de amargura se deslizó por su aliento.

Involuntariamente había pedido, a través del Disco Selector del apartamento, uno de los uniformes de combate que llevaban las máquinas del Programa de Asesinos de la Corporación. El tacto de la prenda evocó una serie de recuerdos innombrables. Era igual al que Nessa vistió en el pasado. ¿Por qué se empeñaba

en recuperar lo que no tenía remedio?

—Gracias, Dorian. —Ella se dispuso a levantarse—. Nunca hubiera imaginado que tuvieras sentimientos.

—Iré a darme una ducha. —Con movimientos tirantes, recogió la bandeja un segundo antes de que la mujer se incorporara—. Si quieres, puedes quedarte esta noche.

Una serie de pensamientos demasiado evidentes cruzaron el rostro de la joven.

—¿Dónde dormirás tú? —inquirió, burlona.

—El sofá del salón es muy cómodo. —Una desolada corriente de humor llenó su voz—. Hasta mañana, Paula. Que descanses.

Stark salió del dormitorio con media sonrisa en los labios, descendió las escaleras en espiral y se dirigió a la cocina. Cuando limpió el desorden de la cena, se dispuso a bañarse para borrar la sangre de sus víctimas. Antes, se acercó al equipo estéreo Sony que descansaba en el arcón de cubos metálicos ensamblados que decoraba el salón y seleccionó un álbum (*Oxygène* de Jean Michel Jarre) en el aparato. El equipo se puso en marcha. El sistema de vitrinas con iluminación interior brilló, sumiendo el salón en un arco iris de tonalidades resplandecientes. Por suerte, guardaba una muda de repuesto en el baño. No le apetecía regresar al dormitorio: la tentación era demasiado fuerte para evitarla.

«¿En qué pensabas cuando le salvaste el pellejo?», reflexionó hoscamente, mientras se desvestía absorto en las notas musicales que revoloteaban por el apartamento. «No tenías que haber sido tan sincero con ella».

Los perezosos sintetizadores le aportaron la entereza que deseaba encontrar. Una tranquila resignación llenó sus nervios prendidos por las pastillas, trasladándolo lejos del dolor de las noches vacías, de la angustia que experimentaba a diario. Dorian se situó en el centro del cilindro de cristal. El aparato pasó al segundo tema con un zumbido estremecedor. El tiempo se suspendió. El agua jabonosa limpió el rostro blanquecino. Los músculos de su espalda se aflojaron. Las palmas abiertas sobre las baldosas de mármol perdieron parte de su tirantez. Los ojos melancólicos recuperaron una pequeña chispa de ilusión.

«Desearía sentirme siempre de esta manera», pensó, saboreando aquel relámpago de paz. «Quizás así podría ser feliz de nuevo».

La melodía de los viejos sintetizadores analógicos aumentó. Una serie de acordes, meticulosamente ejecutados, lo hicieron estremecer. ¿Sería posible que Müller encontrara a la *cyborg*? Las manos acariciantes de Paula lo abrazaron desde atrás. No la había escuchado entrar en la cabina. El alemán sintió los labios de la joven sobre el cuello. Las emociones que creía muertas regresaron: una mareada de pesar inundó todos los resquicios de su personalidad, asfixiándolo. Se volvió y la abrazó, entrelazando su lengua con la suya, sin encontrar el consuelo que le estaba negado de antemano. Los brazos jaspeados le envolvieron la nuca. La ducha los empapó con su masa. Paula le acarició el pene erecto, apretando sus testículos con la zurda. Dorian lanzó un suspiro de placer. Excitada, rodeó sus caderas con una pierna, mordiéndole el hombro. Una mano errática buscó su sexo, introduciéndolo dentro de los labios húmedos. La mujer lanzó un gemido al sentirse penetrada. Las paredes de su vagina se cerraron herméticamente sobre el miembro del agente ejecutor. Un estallido de luces golpeó su corteza craneal. Con lentitud, comenzaron a moverse en el interior de la ducha, intentando no perder el equilibrio bajo el agua ardiente. Las uñas de Müller le arañaron las nalgas. La joven emitió un grito animal. El orgasmo recorrió su cuerpo como una descarga eléctrica. Segundos más tarde, ella se relajó, esbozando una sonrisa cómplice. El alemán la apartó de su lado, ferozmente, arrojándola contra el cristal de un empujón. Aturdida, Müller lo contempló con odio, incapaz de creer lo que había pasado.

—¡Eres un mierda!

—Lo siento —se disculpó—. No quise hacerlo.

Paula salió de la cabina. El agente ejecutor estuvo tentado de seguirla, pero no pudo moverse; una oscura depresión se había apoderado de su alma. La música se desvaneció. Stark escuchó el ruido de sus pasos irritados dirigiéndose al piso superior. Minutos después, la joven trazó el camino a la inversa, dando un

portazo al abandonar el apartamento. Con el corazón encogido, Dorian inclinó la cabeza y rompió a llorar.

—¿Qué haces?

Paula lo miró con desprecio detrás de la consola Yamaha. Sus rasgos estaban contraídos en una mueca de repugnancia. Las manos cubiertas por guantes de neopreno asieron el cable de fibra óptica entre los dedos, a punto de quebrarlo en dos.

—¿Qué cojones crees que hago? —Soltó la clavija de conexión de su mejilla—. ¿Irme de compras o algo parecido?

El alemán no pudo replicar. Estaban en la habitación del zoco donde habían conversado por segunda vez. Al día siguiente de la desagradable escena, Müller lo llamó a primera hora de la mañana. Stark no había logrado conciliar el sueño. A las cinco de la madrugada, se puso en contacto con el comandante Aries y le relató los pormenores de la misión.

—Perfecto, Stark. —Sus ojos brillaron con un fulgor espectral—. ¿Se encuentra listo para cumplir otra operación?

Su corazón se encogió.

—¿Cuándo debería efectuarla, señor?

—La próxima semana. —Aries sonrió, irónico—. ¿Le quedan energías para viajar a Brasil?

—Claro, señor. —Quería abandonar Nueva York lo antes posible—. Cuento con mis servicios.

Lamentaba profundamente lo que había sucedido. El agente ejecutor pasó la noche entera en el salón, a solas en la oscuridad, atiborrándose de estimulantes, anhelando cambiar el pasado más reciente.

—Intentaba ser amable, Paula.

—No quiero disculpas. —Cortante, la mujer no quiso escucharlo—. Límitate a cumplir tu parte del trato.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo murió mi hermano?

Dorian argumentó, extrañado:

—¿No lo sabes?

—Tu corporación es parca con los detalles, ¿sabes?

El alemán inhaló una profunda bocanada de aire.

—Hugo y yo cumplíamos una misión en Moscú. Teníamos que exterminar a una banda de neotecnos que robaban información a la Schneider. Tu hermano cayó en la catedral industrial. Un misil lo hizo pedazos.

Paula se estremeció al escuchar el final de la historia. Sus hombros se convulsionaron en un llanto silencioso. Después de tantos años, la verdad no le proporcionaba ningún alivio.

—Gracias por tu sinceridad, Dorian.

Stark reprimió el deseo de estrecharla entre sus brazos.

—¿Has encontrado lo que te pedí? —Procuró no mostrarse desesperado—. Una cosa por otra, ¿recuerdas?

Müller llevaba el mono de cuero sintético que le había proporcionado el día anterior. El anhelo por la *cyborg* regresó con renovadas fuerzas y apresó los bordes intangibles de su alma como una presa metálica.

—No he encontrado gran cosa —reconoció—. Tu amiga no aparece por ninguna parte.

Dorian se quedó derrotado.

—¿Estás segura?

—Nada de nada. —Paula se levantó—. Tus superiores deben de haber borrado su expediente.

La mujer prendió un cigarrillo y lo observó con preocupación mal disimulada. Orgullosa, no hizo comentarios al respecto; le guardaba rencor por haberla rechazado.

—No has terminado con tu parte del trato, Dorian —lo acusó con dureza—. Creía que eras un hombre de palabra.

Stark suspiró:

—¿Qué quieres que te cuente?

—Todo lo que recuerdes —Müller volvió a tomar asiento—. No será pedir demasiado, ¿verdad?

—De acuerdo. —El alemán asintió; se sentía demasiado

desanimado para negarse.

De improviso, un impacto en la columna vertebral lo levantó del suelo y lo derribó encima de la mesa de madera artificial. La consola quedó aplastada bajo su pecho. Con los ojos nublados por la sangre, Dorian intentó desenfundar una W-PPK, pero unas manos de acero lo inmovilizaron. Dos cibersamuráis ataviados con kimonos de guerra lo volvieron y lo sujetaron con una red, aprisionando su cuerpo entre los cables cortantes.

—¡Sujetadlo! —La joven habló con una entonación que Stark nunca había escuchado—. No quiero que este cabrón escape.

Sorprendido, el agente ejecutor se retorció, luchando por liberar un brazo. La red se apretó más y cortó su circulación sanguínea, abriendo la carne en algunos puntos.

«Me ha traicionado», pensó, incapaz de creerlo. «Todo ha sido una farsa desde el principio».

Paula se colocó a horcajadas sobre él.

—Cuanto más te muevas, más se clavará en tu piel, Dorian. Stark hizo caso omiso al dolor.

—¿Por qué lo has hecho?

—Ayer por la noche, después de salir de tu apartamento, recibí una llamada de mis presidentes. ¿Adivinas lo que me ordenaron?

Dorian fue irónico:

—Sorpréndeme.

—La Corporación Murakami ha puesto precio a tu cabeza. —La mujer apretó la entrepierna contra su sexo—. Una bonita suma, por cierto.

—¿Cuánto? —Por el rabillo del ojo, Stark situó las posiciones de los *cyborgs*, sin que nadie se percatara de ello.

—Un millón de yendólares. —Al notar su excitación, prosiguió—. Con tanta pasta no necesitaré los servicios de tu patética casa.

La reacción de su cuerpo lo irritó.

—Confiaba en ti, Paula. —Los cables amenazaron con traspasarle los huesos—. Veo que me equivoqué.

—Mala suerte, colega. —Hizo una señal a los agentes

ejecutores de la Murakami—. Te presento a Iemi y a Ienori. —Los cibersamuráis no pronunciaron palabra—. Han volado desde Okinawa para conocerte.

—¡Qué honor!

Un *cyborg* desenvainó una *katana* de un metro de longitud. Los haces de sol que penetraban por la claraboya centellearon sobre la hoja, emitiendo reflejos sangrientos.

—Me has mentido. —El cibersamurái rodeó la mesa dispuesto a decapitarlo—. No buscaste la información que te pedí, ¿verdad?

La mujer le mordió los labios.

—Es una pena que las cosas no salieran como queríamos, Dorian —dijo—. Hubiésemos formado un equipo increíble.

La presión de la red era insostenible.

—Una verdadera lástima. —Apretó los dientes—. Tú te lo pierdes.

Stark levantó la diestra. Las garras cibernéticas cortaron los cables; era hombre libre. De un codazo derribó a la mujer y la arrojó sobre los cojines. En el último momento detuvo la *katana*; el filo le rozó la garganta. Sacó una W-PPK y vació la mitad del cargador en el pecho de la máquina situada detrás de su espalda. Las balas cosieron el cuerpo desde la boca del estómago hasta el cuello, creando una línea ascendente que atravesó a su contrincante de parte a parte. De un brinco se puso en pie y se inclinó a un lado, evitando la arremetida del segundo *cyborg*. La hoja se deslizó por el lateral de la gabardina y arrancó las placas de blindaje ocultas dentro de la prenda. El alemán descargó la pistola contra su adversario. Ocho impactos destrozaron el cráneo del cibersamurái en un millón de fragmentos. Trozos de cerebro, placas de plástico y circuitos electrónicos quedaron diseminados por toda la habitación. Furioso, Dorian se abalanzó sobre Paula. Su diestra se movió de arriba abajo y las cuchillas seccionaron el antebrazo de la mujer.

—¡Arrggh! —Müller lanzó un alarido. La mano cayó al suelo, chisporroteando.

Confuso, Stark contempló el miembro cibernético que yacía

sobre las baldosas manchadas de sangre artificial.

—¡Eres una máquina! —exclamó, iracundo, sosteniéndola por los cabellos.

La mujer no respondió; se aferraba la mano herida con los ojos dilatados por el sufrimiento; estaba a punto de desvanecerse. Sin piedad, el alemán la arrojó contra la pared; la hermosa cabeza rebotó por la fuerza del golpe. Paula se arrastró por el suelo, intentando escapar del asesino que la apuntaba con el arma en alto. Dorian temblaba de rabia. Automáticamente, insertó un tambor en la culata de la W-PPK. Sus ojos acerados centellearon encima del cañón, tenebrosamente. La sombra de la pistola se detuvo sobre el rostro de Müller.

—¿Eres una *cyborg*?

—No —murmuró—. Soy una humanoide.

El agente ejecutor se maldijo. ¿Cómo podía haberle engañado con tanta facilidad?

—¿Dónde está la verdadera Paula Müller?

La humanoide guardó silencio. Stark restalló como un latigazo:

—¡Contéstame!

Ella tembló.

—Murió hace seis meses.

—¿Cómo ocurrió?

—Quedó atrapada dentro de los sistemas de defensa de la Schneider.

Dorian sintió que le faltaba aire.

—¿Cómo demonios te han construido? —inquirió—. Dudo que quedara mucho de su mente para activar tu memoria sintética.

—Los presidentes de la Enterprise guardaban un biochip con todo su pasado. —A Paula le costaba hablar—. Es el procedimiento habitual que emplea con sus agentes.

—¿Por qué te enviaron a buscarme?

—Te he dicho la verdad.

—¡Mentira!

Paula suplicó:

—Cuando la Murakami ofreció la recompensa, cambiaron de opinión. ¡Sólo cumplía órdenes, Dorian!

—Debería matarte —escupió—. Me has utilizado.

—No puedes hacerlo, cariño. —Ella sonrió, seductora—. ¿No significa nada para ti lo que hemos compartido?

Stark cerró los párpados, amargado, encajando las mandíbulas. Aquella cosa le había devuelto las esperanzas, concediéndole un instante de felicidad que jamás volvería a recuperar. ¿Era capaz de matarla? ¿Podría resistir su asesinato con ecuanimidad?

Vacilante, bajó el arma. Müller intentó levantarse.

—Siento lo que ha pasado. —Su vieja actitud aterciopelada regresó—. Debes tener motivos para odiarme.

El alemán no dijo nada. Nunca había deseado hacerle daño. Aunque fuera una humanoide, aquella impresión no había cambiado. Quería perdonarle la vida.

—Tienes razón —comentó, indeciso.

La máquina extendió la mano izquierda con humildad. Unas palabras se deslizaron por la mente de Dorian, *shurikens* de mercurio candente, que aislaron la parte humana que tanto le costaba mantener despierta.

—Ya no tengo nada por lo que luchar... ¿Crees que algo cambiará si me abandonas?

—Hago esto por ti. Por mi culpa, sigues atado a un pasado que murió hace mucho tiempo.

—Eres lo único que me queda —le reprochó con amargura—. ¿Nunca has sentido nada por mí?

La *cyborg* pasó por alto su pregunta:

—No debes amarme. Estarías condenado a morir. Yo también estoy condenada... ¡Tanto o más que tú!

—¿Piensas que me importa? —exclamó—. ¡Ya no soy capaz de sentir nada!

Nessa se aproximó, rozándolo.

—A pesar de todos los implantes cibernéticos que moldeen tu cuerpo, sigues siendo humano, Dorian. Nunca lo olvides.

Fríamente, apretó el gatillo. Una mancha escarlata llenó la

frente de la humanoide. Su cerebro sintético se desparramó sobre la pared. Müller se desplomó con una expresión de estupor dibujada en el rostro.

Dorian murmuró con los hombros aplastados por la agonía:
—Te lo advertí, Paula.

LIENZOS DE ESTÁTICA 

... intentase trascender su estructura física, con la que nunca podría llegar a reconciliarse, por aquella perfección gélida, inhumana en su actitud, dolorosamente sustentada y perfeccionada hasta el grado de lo insoportable.

William Burroughs

Flotando...

Los océanos de estática condensados en mi imaginación me hacen oscilar a la deriva. Ahora, intento empezar desde cero: necesito aislarme de las luces cromadas que llenan mis sueños, escapar de los lienzos virtuales que segmentan mi conciencia...

Flotando...

Es imposible que esta locura sea cierta: ¿estoy atrapada dentro de mis pesadillas? ¿Estaré viviendo de una ilusión? Nada puede cambiar, las circunstancias que me atan al interior de mi mente son demasiado confusas, no me permiten sacar conclusiones satisfactorias...

Flotando...

Me pregunto si realmente he muerto. Creo que de una manera u otra, continúo viva. La calma que el olvido podría proporcionarme me ha sido negada. No desearía flotar en este limbo imaginario durante toda la eternidad sin encontrar un instante de reposo que consuele mis penas...

Flotando...

Mi cuerpo está formado por pigmentos indistintos. Anhele alcanzar la paz entre los dígitos orientales que bañan mi alma de metal. Trasladada, dentro de un universo de imágenes titilantes, no existen posibilidades de dar marcha atrás...

Flotando...

El tiempo se filtra entre mis dedos abiertos: arrastra los recuerdos atesorados en mi GPU, vacía mi mente sin remisión, quiebra mis expectativas más íntimas. La esperanza que me mantenía despierta ha desaparecido. No moriré antes de confirmar las respuestas que busco...

Nessa

Quisiera encontrar los sentimientos que los implantes cibernéticos me han arrancado durante los últimos años. Pese a mis deseos, la mala conciencia dreña las escasas ilusiones que puedo albergar, impidiéndome aislarme de los remordimientos que velan mis noches. Me he vuelto más insensible, me preocupa no controlar mis actos, mi parte de máquina es imposible de ignorar. A veces, quisiera dejarme arrastrar por ese porcentaje de metal. Quizá de esta forma no sufriría, pero mi corazón me lo impide; por mucho que desee negarlo, soy más humano de lo que parezco. Me encuentro en la disyuntiva de aceptar mis errores, o cargar con su peso hasta que tarde o temprano, una nueva explosión me arrebate el resto de mi ser. No me es sencillo aceptarme: es el precio que tengo que pagar por todos los crímenes que he cometido. Detesto mi trabajo, odio los motivos que me impiden ser feliz conmigo mismo y aborrezco la vida en general. Conocí cierta tranquilidad durante mi juventud: una *cyborg* me proporcionó el consuelo que necesitaba, pero me he quedado solo, y no habrá una segunda oportunidad para mí. Debo cumplir una nueva misión. Mis superiores deben estar desesperados, hacía tiempo que no notaba tal grado de impaciencia en el comandante Aries. Últimamente he tenido unas pesadillas terribles, los remordimientos de conciencia me impiden descansar. Por ello he aceptado esta asquerosa operación, aunque realizar el trabajo sucio de la Schneider me produzca náuseas...

Dorian Stark

Impasible, Stark se introdujo dentro del río de cuerpos humanos con una expresión inescrutable en el rostro. Los pliegues de la gabardina oscilaron sobre sus piernas, mientras se abría camino entre los miles de transeúntes que llenaban el mercado abarrotado. A través de las gafas de sol, contempló, asqueado, las tiendas fabricadas con tubos de aluminio: aborrecía la civilización. Instintivamente, soslayó a los orientales vestidos con ropas de llamativos colores y avanzó a contracorriente sin molestarse en mirar a nadie. Desde la bóveda celeste cubierta por la polución industrial, el sol abrasador caía como plomo fundido, haciendo que el sudor se deslizara por su anatomía de un metro noventa de altura. El alemán vestía como de costumbre: trinchera, camisa de *kevlar*, guantes de cuero, pantalones militares y botas de combate. Estaba mareado, llevaba varios días sin comer nada consistente; aparte de las bebidas energéticas y las anfetaminas, su físico no aceptaba otro tipo de sustancias. Furioso consigo mismo, ignoró sus dilemas morales; no tenía tiempo para plantearse las mismas cuestiones de siempre.

Dorian se encontraba en el interior del Templo Sukhothai, al amparo de las nueve torres que oscilaban difuminadas por el calor agobiante. Un Siva de piedra lo observó. Su figura, maciza y atemporal, descollaba sobre las numerosas casetas que llenaban el recinto: puestos de ropa de segunda mano, avanzadillas de biochips de baja calidad, museos vivientes de arte local, zocos de bestias manufacturadas, autoservicios de *sushi*, instrumentales de tatuajes luminosos, compra y venta de armas de segunda generación y codificadores de ADN clandestinos. El Vat Mahathat sonreía, reinando a la humanidad postrada bajo sus pies cruzados, con las manos de piedra unidas sobre el

regazo. El agente ejecutor sorteó a un grupo de mineros y llegó al *mondop* donde podía encontrar a su objetivo. La construcción cúbica, rematada por una estructura cónica, resaltaba entre dos neones publicitarios de Hitachi. Aquel lugar sagrado se había transformado en una cloaca, no existía el respeto atávico de antaño; los vendedores que anunciaban sus productos por altavoces se encargaban de arruinarlo a conciencia.

«¿Qué pensarían los antepasados de esta escoria si levantaran la cabeza?». Una sonrisa sardónica llenó sus labios. «¿Les complacería descubrir que los turistas compran sus reliquias religiosas como *souvenirs*?».

Inconscientemente, recordó la escena donde Jesús expulsó a los mercaderes del templo: no vendría nada mal un Mesías que sacara la basura. Una joven se acercó al alemán oscilando las caderas, provocativa. Vestía una falda de piel sintética, camisa transparente y plataformas de doble tacón. Esta pasó el dedo por su mejilla afeitada y susurró, melosa:

—¿Quieres pasar un buen rato?

Stark miró detrás de su hombro. Un chulo no le quitaba los ojos de encima. Cicatrices tribales cruzaban el rostro de color ébano: una costumbre atávica que creía extinta.

—No tengo tiempo. —El olor a sudor de su piel le desagradó—. Quizá otro día.

Ella insistió:

—No te arrepentirás, guapo. —Levantó la tela atigrada y le mostró su pubis afeitado—. ¿Qué te parece?

—No, gracias. —Dorian la rodeó—. No eres mi tipo, muñeca.

La mujer lanzó una obscenidad en su idioma. El alemán no la escuchó; su atención estaba inmersa en los centinelas que cubrían la entrada del *mondop*. Decidió actuar directamente.

—Busco a Sadakago Shizue —comunicó al hombre situado a su derecha.

El enorme tailandés sacó una Smith & Wesson de la funda sobaquera y le apoyó el cañón debajo de la barbilla.

—¿Quieres que te vuele la cabeza, capullo?

Dorian no se molestó en contestar. Como una cobra, apartó el brazo del oriental y le partió el codo en mil pedazos. Antes de que el segundo hombre reaccionara, le había hundido la W-PPK en el chaleco manchado de grasa. El agente ejecutor inquirió:

—¿Dónde está Shizue?

El tailandés dudó. Con frialdad, el alemán le perforó el vientre de un balazo. Sus entrañas salpicaron las paredes del *mondop*.

—No tienes mi paciencia, amigo. —Sostuvo por el cuello al superviviente—. ¿No has escuchado mi pregunta?

Volviéndose, descargó la pistola. El somalí de las cicatrices se derrumbó con la laringe traspasada. La prostituta murió antes de tocar el suelo, tenía la cabeza abierta; el Bowie que llevaba en la mano rebotó contra el pavimento y levantó una nube de polvo. Nadie se dio por aludido. Los curiosos agacharon la cabeza y aceleraron el paso.

—¡Haré lo que digas, tío! —gritó el oriental—. ¿Quieres que te lleve hasta ella?

El tono de Stark fue helado:

—¿Tú qué crees?

Sobreponiéndose al dolor, el tailandés puso la palma de la mano contra la pared. Una compuerta secreta se abrió hacia dentro y trajo el pesado olor del interior junto a una corriente de aire.

—Tú primero.

Una rampa se perdía en las tinieblas y horadaba la negrura amenazadora. Los ojos mecánicos de Stark no necesitaban luz. El pasillo cubierto por tapices se desvanecía en la penumbra y lo conducía hacia el peligro inminente. Su prisionero farfulló, asustado, mientras se apretaba el brazo:

—Déjame libre —suplicó—. ¡Me matarán si averiguan que te he traído hasta aquí!

—Aún no he terminado contigo. —El alemán le apretó el codo roto—. Llévame hasta Shizue si no quieres que les ahorre el trabajo.

El tailandés caminó con pasos temblorosos, encajando

los dientes. Desde las ranuras situadas en el techo, ráfagas de aire acondicionado bañaron los cuerpos de ambos hombres. Aliviado, Dorian relajó los hombros; detestaba la temperatura abrasadora del exterior. Hasta ahora, sus planes salían según lo previsto. Todo estaba bajo control.

«No bajes la guardia», reflexionó. «Lo más difícil está por venir».

Unos gritos llegaron a sus oídos. Su objetivo estaba cerca, lo intuía perfectamente; los dedos le hormigearon por la fiebre de la caza. Después de unos minutos de trayecto, el pasillo dobló a la izquierda y desembocó en un amplio *hall*. El bullicio ensordecedor de los espectadores que llenaban la estancia le taladró los tímpanos. Docenas de animadores rodeaban una mesa rectangular donde una pareja luchaba atada al interior de la red. Fluorescentes amarillentos iluminaban el *mondop* a oscuras. Las siluetas fantasmagóricas de los monitores fluctuaron como hologramas descoloridos. Stark sostuvo al tailandés por la nuca y entró en el círculo con la W-PPK alzada. Un súbito silencio llenó el *hall*. Los orientales aferraron sus armas: no podían creer que un extranjero hubiera profanado el recinto. La voz cortante de una mujer se adelantó a los acontecimientos:

—¡No disparéis! —ordenó—. ¡Lo quiero vivo!

Expectante, el agente ejecutor estudió a la joven que había hablado. Shizue vestía un mono de cuero rojo sintético, botas negras con remaches de acero y gafas de sol de cristales semiopacos.

—Necesito tu colaboración, Shizue.

—¿Por qué tendría que ayudar a uno de los asesinos de la Schneider? —preguntó con desprecio.

—Si no lo haces, morirás. —Stark apuntó a la mujer—. Es tu única posibilidad de salir de aquí con vida.

Los individuos que lo rodeaban susurraron, indignados por su atrevimiento. La oriental lanzó una carcajada seca.

—Sólo eres uno —comentó—. ¿Cómo vas a acabar con todos nosotros?

Dorian sonrió, despreocupado.

—No estoy solo —puntualizó—. Mi unidad de agentes ejecutores se ha infiltrado entre tus tropas.

La japonesa no ocultó su escepticismo.

—¡Gilipollices! —replicó—. ¿A quién pretendes engañar?

Más que una sonrisa, el gesto del alemán fue una mueca macabra, capaz de helar la sangre en las venas a cualquiera.

—Mujer de poca fe. —Un oriental levantó una ametralladora, secundado por la mitad de los hombres del recinto—. ¿Me crees ahora?

La joven se quedó sin palabras; el precioso oxígeno había desaparecido de sus pulmones.

—Eres un sucio hijo de perra —murmuró, colérica—. Te sacaré los ojos con mis propias manos, icabrón!

—¿Eso es lo que piensas? —Le voló la tapa de los sesos a su prisionero—. Yo que tú no estarías tan segura.

Un escalofrío de pánico recorrió a Shizue. Irritada, inquirió con la boca seca:

—¿Qué coño quieres?

—Información —explicó—. ¿Dónde está la Hermandad de la Mariposa?

La mujer meneó la cabeza.

—No sé de lo que me hablas.

Stark sabía que mentía. Shizue trabajaba para la *yakuza*, sus enemigos estaban bajo su protección; el expediente del departamento no dejaba dudas al respecto. Tenía que buscar una salida viable. El *mondop* estaba lleno de seres humanos. No quería ser culpable de un inútil derramamiento de sangre. Odiaba exterminar a sus iguales.

—Te refrescaré la memoria: hace dos meses se rebeló un escuadrón de *cyborgs* Lambda-7 del Programa de Asesinos de la Schneider. Después de cometer un atentado en Los Ángeles, fueron a Tokio, donde continuaron ejerciendo actividades terroristas. ¿Dónde los has escondido?

La mujer tragó saliva.

—Te equivocas de persona —masculló—. ¿Qué esperas encontrar jodiéndome?

—Respuestas.

Ella no detectó el sarcasmo de Stark. Rabiosa, apretó los puños cubiertos por guantes de espuma plástica.

—Prefiero morir antes de desvelar mis secretos a un agente ejecutor. Los de tu clase son mierda, ¿lo sabías, *gaijin*?

Dorian ni se inmutó: estaba harto de esperar.

—Entonces, no tendré ningún problema en complacerte.

El impacto de la W-PPK lanzó a la oriental contra la pared con la rodilla destrozada. Los agentes dispararon con precisión y convirtieron a sus antagonistas en coladores. El caos se adueñó del *mondop*. El alemán saltó a la izquierda y abatió a un adversario de un tiro entre las cejas. Un segundo más tarde, derribó a una mujer, metiéndole tres balas en el pecho, desde el hígado hasta el esternón. Impertérrito, pasó sobre sus figuras y buscó objetivos que eliminar. Todo había terminado. El escuadrón había dado buena cuenta de sus oponentes. Sólo quedaban cadáveres en los suelos, cubriendo las alfombras manchadas de sangre.

—Perfecto —murmuró, satisfecho—. Traedme a Shizue.

Un soldado arrastró a la mujer por el brazo y la depositó a su costado. Dorian hundió la suela claveteada de la bota de combate sobre la rodilla herida.

—¿Dónde has ocultado a esas máquinas?

Un escupitajo llenó su rostro. El alemán se quitó las gafas manchadas de saliva y retorció, sádicamente, el pie contra la terrible lesión. La joven emitió un alarido:

—¡No sé nada! —Sus labios carnosos temblaron—. ¡Estás loco!

Dorian se mostró razonable:

—Si hablas, tendrás una muerte rápida —argumentó—. Mis superiores te harán pedazos.

Shizue gimió: el dolor de la rótula perforada le impedía pronunciar palabra.

—Supongo que no te importa. —Dorian hizo una señal a uno de los agentes—. ¡Lléváosla! No quiero perder el tiempo con esta basura.

Al entrar en el deslizador, el alemán se quitó la gabardina y comprobó que el aire acondicionado estaba activado al máximo.

«Maldita estúpida», pensó. «Tú te lo has buscado».

Hubiera preferido matar a la joven directamente, no hacerla pasar por el infierno que le esperaba en manos de los técnicos de información del departamento. Estos se encargarían, a conciencia, de arrancarle sus secretos, hasta convertirla en un desecho lobotomizado. Odiaba pasar sus objetivos a aquellos carniceros para sus experimentos, menos aun después del esfuerzo que le había costado capturarla. El Mercedes SLK se puso en marcha. Stark se acomodó en los asientos tapizados con poliuretano, intentando distanciarse de sus contricciones. No era el momento de malgastar energías, debía concentrarse en la operación; esta aún no había terminado. A través del cristal, las calles eran espirales remolnantes llenas de gente, que se perdían en la distancia interminable. Indeciso, contempló la pantalla líquida situada delante de su cuerpo. Necesitaba tranquilizarse de alguna manera: el pesar que llenaba su pecho le producía náuseas. Sacó un frasco cilíndrico de uno de los bolsillos del pantalón. El sabor amargo de las anfetaminas se le adhirió al paladar como una capa de hielo cromado. Apretó las quijadas. Los dientes le rechinaron según los estimulantes actuaban sobre el sistema nervioso central, irrigando cada partícula de su ser que no había sido sustituida por los implantes cibernéticos.

«¿Cuántas pastillas habré consumido durante los últimos años?», se preguntó, mientras controlaba los latidos que amenazaban con romperle las costillas. «Me he vuelto un maldito yonqui».

Aquella cuestión no tenía respuesta, era una lámina de

cinética que prendía sus sueños, obligándolo a plantearse lo bajo que había caído. ¿Hasta qué punto se había insensibilizado? Maldecía la frialdad que dominaba su alma. Su carencia de escrúpulos hacia la vida de sus semejantes lo hacía sentir fatal: no arrastraba las pesadillas que lo despertaban aullando en mitad de la madrugada. Dorian tenía la impresión de haberse transformado en un *cyborg*, no soportaría ser una de las máquinas a las que prodigaba su más profundo desprecio. El cráneo le ardía como un hierro al rojo vivo. El efecto de los triángulos de anfetamina no tranquilizaba sus temores. ¿Se engañaba como de costumbre? ¿Desperdiciaba el porcentaje de humanidad que le restaba drogándose?

«Nunca lo sabré con certeza», meditó. «Sólo cuando sea demasiado tarde».

Desanimado, lanzó un suspiro y apoyó la cabeza contra la ventanilla del vehículo. Una profunda depresión se instaló en su alma, empujándolo al abismo de tormento que tan bien conocía. Nunca sería capaz de sentirse feliz consigo mismo, ni de alcanzar la paz o de aceptar los errores que había cometido: aquel era el precio que tenía que pagar por ser lo que era.

El monitor plano se iluminó de improviso. El rostro del comandante Aries parecía un bloque de acero esculpido sobre una máscara de carne muerta.

—Buenas tardes, Stark —saludó, burlón, desde la pantalla—. ¿Interrumpo algo?

Molesto, recompuso su actitud lo antes posible, destilando frialdad por los cuatro costados.

—Buenas tardes, señor. —La faz del agente ejecutor no demostró emoción alguna—. No esperaba su llamada.

—Deseaba cerciorarme del transcurso de la operación, sargento. —Su superior encendió un Winston—. ¿Alguna novedad?

—Shizue no ha querido hablar, señor.

Aries se irritó.

—¿A qué se refiere exactamente, Stark?

—Alega que no sabe nada acerca de la Hermandad de la

Mariposa —explicó con desdén—. No he conseguido sacarle más información.

—Ya sabe cómo son esos condenados nipones, sargento. —Aries soltó una aurora de humo azulado—. Espero que los técnicos la ablanden lo suficiente.

Al alemán le enojó el sarcasmo del comandante. Censuraba el aborrecimiento con el que sus superiores valoraban a sus enemigos.

—No quedará mucho cuando terminen con ella —replicó, rabioso—. ¿Cuándo tendré los datos que necesito, señor?

Aries lo observó con frialdad: había detectado el halo de furor de sus palabras.

—Se ha vuelto muy sensible, Stark —acotó su superior—. ¿Desde cuándo le importa la suerte de sus objetivos?

—No me ha entendido bien, señor. —Quiso hundir el puño contra la pantalla plana—. Odio que otros terminen lo que yo he empezado.

—Debería tomarse un descanso, sargento. —Aries ignoró su comentario—. Las anfetis le están quemando el cerebro.

El odio le nubló la vista, transformando su respiración en un gruñido animal; muchos hombres habían muerto por menos que aquello.

—Lo tendré en cuenta, señor.

Cuando el rostro de su superior desapareció detrás de una pulsación de estática, Dorian destrozó la consola de un talonazo: los cristales resquebrajados se esparcieron encima de los asientos.

«Maldito bastardo», pensó. «Algún día acabaré contigo».

El vehículo abandonó el desolado paisaje industrial y se introdujo en un túnel subterráneo, avanzando entre las sombras moteadas por señales de tráfico. Dorian procuró relajarse. Estaba habituado a dominar sus sentimientos, pero la rabia que lo consumía era demasiado intensa. Temblando, cerró los párpados y apartó sus dudas. El deslizador torció a la izquierda y progresó debajo de gigantescas torres empresariales rematadas por paneles que anunciaban las próximas elecciones. Se encontraba vulnerable. La impresión de letargo que lo envolvía

hizo que percibiera la realidad con una óptica terrible. Recordó el destino que le esperaba como continuara perdiendo su valioso porcentaje de humanidad. Sus ilusiones habían muerto hacía diez años, añoraba la ternura que en aquel momento era incapaz de experimentar. Un abismo interminable invadió su conciencia y se expandió con ondas de larga emisión. El alemán se frotó los ojos y ahogó el llanto. Los transplantes biónicos le arrebataron una parte de su alma, no hubo marcha atrás desde que aquel misil lo aniquiló en Tokio.

«Los neuroingenieros de la Schneider me permitieron continuar con vida», reflexionó con ironía. «Tendría que agradecerles su consideración».

Se marchitaba con lentitud, cada día se sentía más indiferente, más frío de lo que jamás se atrevió a imaginar en sus peores pesadillas. Nunca tuvo capacidad de elección pero, seguramente, en el caso de poder hacerlo, se habría aferrado a aquella posibilidad como un náufrago a un madero mecido por las olas. Era preferible ser un bioconstruido antes que estar muerto. Su reflexión lo sorprendió. No sabía que sus deseos por continuar adelante tuvieran importancia.

«Dentro de unos años habré cambiado de opinión», pensó. «Unas cuantas bioperaciones más y no me quedará nada».

Abstraído, observó cómo un camión cisterna Suzuki adelantaba al vehículo, realizando una maniobra prohibida temerariamente. Sin prestar atención al incidente, continuó inmerso en sus téticos pensamientos. ¿Cuántas misiones sería capaz de resistir antes de que una nueva explosión le arrebatará el resto de su ser? ¿Se creía capaz de eludir su condena refugiándose detrás de una coraza? Se había arriesgado sin necesidad, sus hombres podrían haber atrapado a la mujer, pero quiso participar, como si buscara una bala por el camino. Aquella era la única forma en que disfrutaba con las misiones de exterminio; de lo contrario, serían una pérdida de tiempo.

«Eres un estúpido», pensó, enfadado consigo mismo. «¿Por qué tienes que jugarte siempre el cuello?».

Bruscamente, un Skoda embistió el deslizador desde atrás,

haciéndolo traquetear sobre la carretera. Sobresaltado, aferró la culata de la W-PPK y observó, impotente, cómo el vehículo se abalanzaba contra el Mercedes SLK. Dorian salió despedido hacia delante. Los restos de la pantalla le desgarraron las palmas de las manos, arrancándole un gemido de dolor. El Suzuki apareció de improviso y chocó contra la carrocería astillada del vehículo. El deslizador derrapó y se subió a la cuneta, a punto de salir rodando sobre el colchón de gas. Durante un segundo, los contornos del Mercedes SLK quedaron bañados por las constelaciones del cielo. Luces de alarma saltaron entre la marea de tránsito que avanzaba en la misma dirección. Zigzagueando, el deslizador pasó a duras penas entre dos vehículos y esquivó de refilón una colisión inevitable. Por tercera vez, el Skoda golpeó el maletero: un intermitente saltó en pedazos. El alemán apretó un botón intercomunicador y le preguntó al conductor:

—¿Qué diablos está pasando?

—¡No lo sé, sargento Stark! —gritó—. ¡Estos jodidos tailandeses están locos!

—¡Sal de la autopista —ordenó mientras el Suzuki volaba sobre el pavimento—, antes de que nos estallemos!

El parachoques del camión cisterna levantó el vehículo de la carretera. El Mercedes SLK embistió el lateral de un Renault y lo arrojó fuera de la calzada, donde quedó aplastado contra la columna de un puente de intersección. Lanzando una blasfemia, Stark abrió la puerta vertical con el arma preparada. Sacó la mitad del cuerpo fuera y el disparo de la W-PPK reventó el parabrisas del Skoda en fragmentos iridiscentes. Dorian saltó hacia atrás y evitó el impacto del Suzuki en el último momento: la puerta del deslizador quedó convertida en un montón de chatarra. De una patada, arrojó los restos retorcidos a la autopista en movimiento. Tenues contornos de luz bañaron su rostro cuando abrió fuego; la bala de punta endurecida atravesó la cabeza del conductor y esparció sus sesos sobre el volante. El Skoda quedó fuera de control y osciló sobre su propio eje en una serie de planos ralentizados, antes de que un Audi A4 lo estrellara triturando la parte trasera. El camión cisterna se aproximó, haciendo rugir el

motor. El alemán vació el cargador, pero fue inútil; el vehículo estaba acorazado con láminas de blindaje. El Mercedes SLK salió despedido por los aires, dio una vuelta de campana, rompió una valla de seguridad pintada de amarillo, rodó varias veces por un terraplén de tierra y quedó inmóvil dentro de una zanja. Dentro del deslizador, con una mano temblorosa, Stark limpió la sangre que le bañaba el rostro. Un corte superficial abrió su frente de un lado a otro, cegándolo. Desde el exterior le llegaron unas voces en japonés, la elipse de unos pasos apresurados y el chasquido de las armas. Cuatro orientales descendieron por el terraplén. Uno de ellos arrastró al conductor inconsciente fuera de la cabina. Otro se acercó a la puerta desencajada con el fusil en alto. Los dos últimos se quedaron atrás, cubriendo a sus compañeros con las armas preparadas. El nipón se asomó dentro del Mercedes SLK y una mirada de sorpresa desfiguró sus rasgos: el interior estaba vacío. El oriental se desplomó con un grito de agonía. Dorian surgió entre las sombras. Sus enemigos se volvieron en su dirección dispuestos a abatirlo. Rodando detrás de la carcasa del deslizador, derribó a otro de un disparo en la sien. Los supervivientes retrocedieron llenos de pánico, barriendo la zanja con una tormenta de plomo. No les sirvió de mucho. El alemán agotó el arma detrás de su refugio y atravesó sus cuerpos: ninguno quedó con vida. Dorian reemplazó el tambor vacío, se aproximó a uno de los cadáveres y registró el cuerpo inerte; este no llevaba ningún tipo de documentación. Sin pensarlo, rasgó el mono empapado de sangre, corroborando sus sospechas: el tatuaje de un dragón recorría toda la espalda de su enemigo. Exhausto, apuntaló la espalda contra la carrocería destrozada del vehículo. No necesitaba más pruebas para sacar conclusiones.

«*Yakuza*», reflexionó. «¿Cómo me habrán localizado?».

Las piezas no encajaban; conocía la forma de actuar de la mafia japonesa, sus asesinos nunca lo hubieran dejado salir del Mercedes SLK. Parecía que deseaban capturarlo indemne.

«El plan no les ha salido demasiado bien», pensó con desprecio. «Eran unos aficionados».

Un deslizador surgió de la autopista e iluminó el camión

cisterna. El alemán levantó la pistola. Un dardo hipodérmico le atravesó el cuello. Borrosamente, intentó enfocar a sus adversarios, pero el tranquilizante hizo efecto en cuestión de segundos.

—Nessa...

Stark se derrumbó de bruces, sumergiéndose en un océano de imágenes desdibujadas, y perdió el conocimiento...

No te quedes con la intriga y descubre cómo termina esta obra

SÍ GUE NOS



twitter

http://twitter.com/ed_babylon



wiki

<http://wiki.edicionesbabylon.es>



facebook

<http://www.facebook.com/EdicionesBabylon>



Blogger

<http://blog.edicionesbabylon.es/>



deviantART

<http://ediciones-babylon.deviantart.com/>



aNobii

<http://www.anobii.com/edbabylon/books>



www.edicionesbabylon.es